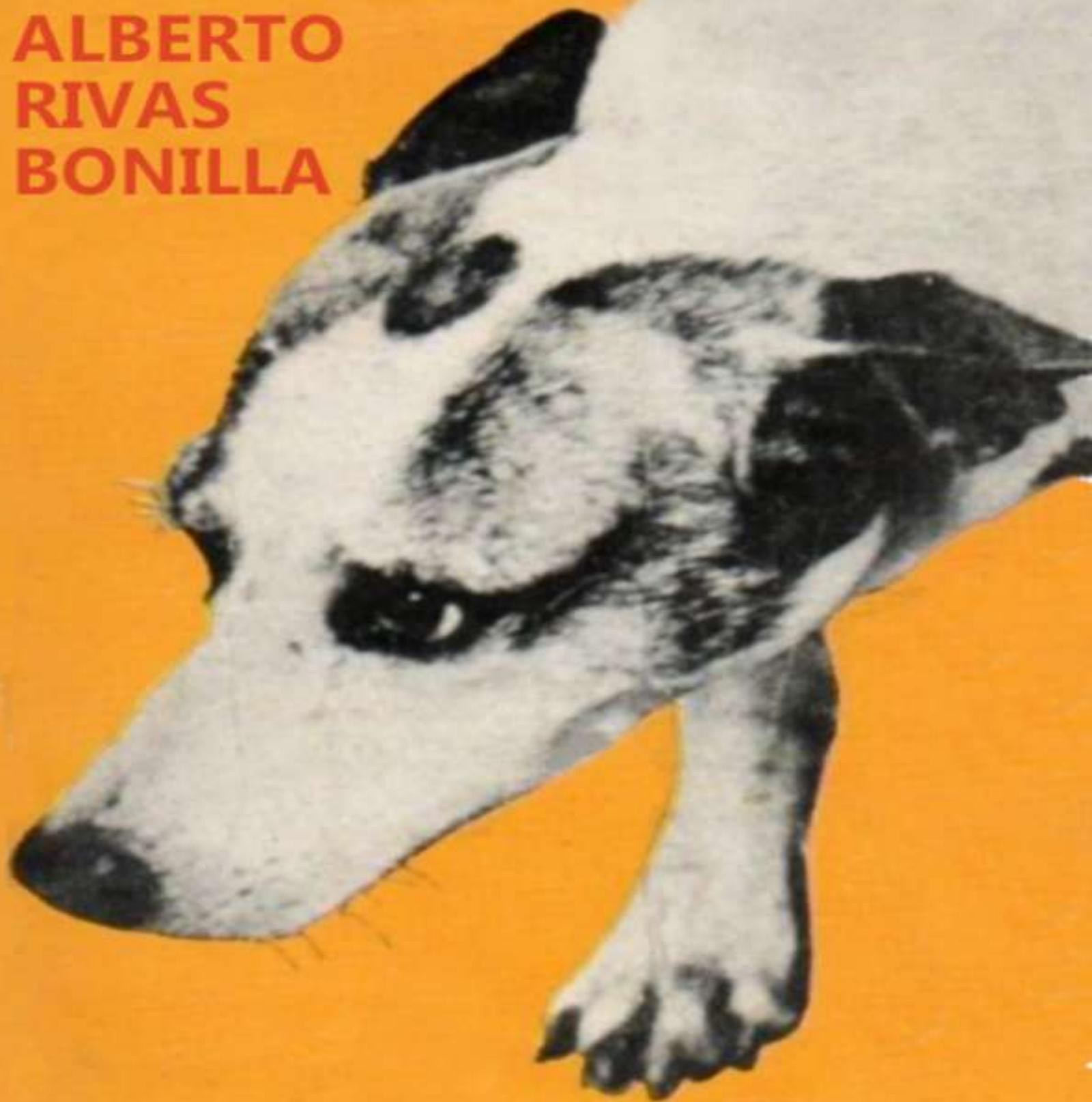


**ALBERTO
RIVAS
BONILLA**



ANDANZAS

DIGITAL

**ALBERTO
RIVAS
BONILLA**



ANDANZAS

DIGITAL

«Andanzas y malandanzas», de Alberto Rivas Bonilla (1891-1985) es considerada como una novela «clásica» en la historia literaria salvadoreña. Como anota Horacio Castellanos Moya en su Presentación al volumen, es un libro con una virtud central: entretiene. Rivas Bonilla sabe contar, hilvanar anécdotas, mantener atento al lector, interesarlo en una historia sencilla. Se trata de las aventuras (más precisamente las desventuras) de un pobre perro de finca, arrimado a un más pobre amo, el misérrimo campesino de nombre Toribio.

«Andanzas y malandanzas» ha sido comparada con los clásicos de la picaresca española, en especial con «El Lazarillo de Tormes». Algo de cierto habrá en este aserto: la estructura y titulación capitular, la hilvanación anecdótica, el ambiente paupérrimo, el tratamiento humorístico, el personaje insólito. Pero Rivas Bonilla parece estar consciente de que estos son apenas recursos para recrear un mundo donde impera la idiosincrasia salvadoreña, para fabular a partir de un paisaje y unos personajes propios.

Alberto Rivas Bonilla

Andanzas y malandanzas

Presentación por Horacio Castellanos Moya

NoTanMalo 07.09.18

Título original: *Andanzas y malandanzas*
Alberto Rivas Bonilla, 1936

Presentación

*Alguien ha dicho que la historia literaria de El Salvador está construida sobre grandes excepciones como Salarrué y Roque Dalton. Esta es una verdad a medias. Una tradición está conformada por los intensos creadores prolíficos, pero también por aquellos que desde una segunda fila aportan obra escasa aunque singular. Es el caso de Alberto Rivas Bonilla, longevo — nació en Santa Tecla en 1891 y murió en San Salvador en 1988—, quien publicó media docena de libros, pero cuyo prestigio literario radica principalmente en su única novela, *Andanzas y malandanzas* (1936). Médico de profesión, secretario de la Academia Salvadoreña de la Lengua, decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador, Rivas Bonilla, publicó además de la novela mencionada, un libro de cuentos titulado *Me monto en un potro* (1943), los poemarios *Versos* (1926) y *El libro de los sonetos* (1947), y las comedias *Una chica moderna* (1945) y *Celia en vacaciones* (1947).*

«Andanzas y malandanzas» ha tenido varias reediciones y es considerada como una novela «clásica» en la historia literaria salvadoreña, esto es, como integrante del cañón literario nacional. Un libro con una virtud central: entretiene. Rivas Bonilla sabe contar, hilvanar anécdotas, mantener atento al lector interesarlo en una historia sencilla. Se trata de las aventuras (más precisamente las desventuras) de un pobre perro de finca, arrimado a un más pobre amo, el misérrimo campesino de nombre Toribio.

Una segunda virtud de este libro es su vena humorística. Rivas Bonilla narra con sentido lúdico, con un humor por momentos irónico, a veces casi cínico. Solo así puede hacer del hambre de Nerón (nombre del perro), y del hambre y la miseria de Toribio, un motivo literario sin queja ni amargura. La búsqueda del bocado es el hilo conductor de las desventuras de Nerón. Y el sentido humorístico quita a la descripción o denuncia.

El arte de contar con el fin en sí mismo, aunque el mundo que retrata sea de miseria y crueldad.

La tercera virtud de Rivas Bonilla es su estricto manejo del lenguaje. Ajeno a la dialectización tan en boga en su tiempo (Salarrué es el mejor ejemplo), o al afán descriptivo del paisaje rural que tuvo en los cuentos de

Arturo Ambrogi una depurada expresión, o a la búsqueda experimental de Miguel Ángel Espino en *Trenes*, Rivas Bonilla somete el lenguaje a los requerimientos de la narración. La prosa de Rivas Bonilla es castiza, correcta, sin aspavientos ni experimentalismos —solo a veces, cuando habla Toribio, recurre a salvadoreñismos—. El ritmo, la precisión y cierta elegancia constituyen cualidades de esta prosa.

Andanzas y malandanzas han sido comparada con los clásicos de la picaresca española, en especial con *El Lazarillo de Tormes*. Algo de cierto habrá en este aserto: la estructura y titulación capitular la hilvanación anecdótica, el ambiente miserable, el tratamiento humorístico, el personaje insólito. Pero Rivas Bonilla parece estar consciente de que estos son apenas recursos para recrear un mundo en el se impone la indiosincracia salvadoreña, para fabular a partir de un paisaje y unos personajes propios, para «Hacer algunos apuntes de psicología canina», como dice el autor en una advertencia a la segunda edición.

En la historia de la narrativa salvadoreña, por su manera de narrar y por el tratamiento del lenguaje, *Andanzas y malandanzas* está más cerca de *La muerte de la tórtola* de José María Peralta Lagos que de la obra de Salarrué, de Ambrogi o de Espino. El sentido lúdico también los hermana.

Quizá el principal pero a esta novela sea ese capítulo final en que al autor se le escapa la narración y cubre su deficiencia con una reflexión sobre el sentido de la vida para un perro como Nerón. Ante la dificultad de cerrar su relato, el narrador se traiciona y revela el componente a partir del cual se elabora el perfil humorístico de/personaje: la cobardía canina. Un desliz, empero, que no demerita la obra.

Haber publicado apenas dos o tres libros de ficción narrativa no ha sido impedimento para que un escritor sea grande en las letras latinoamericanas —el mexicano Juan Rulfo y el argentino José Bianco son ejemplo señeros—. La parquedad a veces se agradece. En la historia de la literatura salvadoreña hasta mediados de este siglo, con excepción de Ambrogi y Salarrué, los narradores han sido poco prolíficos, autores de pocos libros, que no alcanzan a desarrollar sus universos narrativos. Rivas Bonilla pertenece a esta estirpe, consumida más por lo cargos que por la producción de una vasta obra, quizás víctima de la indolencia propia de un medio donde el oficio literario carece de estímulo.

No obstante, *Andanzas y malandanzas* seduce, se lee con fruición, atrapa al lector. Y esto no es poca cosa, sino lo cardinal para que la literatura cumpla una de sus más saludables funciones: saludables funciones: satisfacer el placer de la lectura.

Horacio Castellanos Moya

Capítulo I

Donde el autor hace la debida presentación del héroe de esta verídica historia y levanta un curioso inventario.

Nadie supo jamás en el rancho de dónde había salido aquel calamitoso representante de la raza canina. Verdad es que nadie se tomó el trabajo de averiguarlo.

Cierto día, al caer de la tarde, cuando volvía el indio del pueblo, el pobre «chucho» se le pegó y lo vino siguiendo quién sabe desde dónde por el camino vecinal y, casi pisándole los talones, hizo su entrada en el patio de tierra blanca que se cobijaba todo entero bajo la ramazón del amate indispensable.

Los cipotes recibieron al intruso de mala manera, arrojándole palos y piedras y enrostrándole calificativos tan denigrantes como gratuitos. Toribio, que oyó la bulla, con un golpe seco clavó por el pico en un horcón la cuma relumbrosa y se volvió para averiguar la causa, pudiendo ver todavía a su voluntario acompañante, que había adoptado un trotecito lento y saltón y, con la cola entre las patas, se alejaba borroso entre las sombras de la noche cerrada. Había cantos de grillos y olor a flores de chupamiel.

Cuando amaneció, el animalejo estaba hecho una rosca bajo el amate. Los chicos lo volvieron a espantar, pero no se fue. No hizo más

que rondar por las cercanías del rancho para volver cuando consideró pasado el peligro. Y así muchos días seguidos, hasta que al fin la gente se acostumbró a su lastimosa presencia y no lo volvió a molestar.

Era una triste ruina perruna que dejaba de tener pelos por tener pulgas. Matusalén canino que según todas las apariencias, en un tiempo indefinidamente remoto fue negro parchado de blanco, con dos lunares amarillos arriba de los ojos, y que ahora no se dejaba ver la piel a fuerza de pura sama.

A la fecha, se le puede considerar como miembro de la familia. El más humilde, el más resignado, el menos exigente de todos. Hasta nombre tiene: los muchachos le han adjudicado el pomposo de NERÓN, ante cuya afrenta, fiel a sus principios y consecuente con su modo de ser, no ha pronunciado una palabra de protesta ni ha tenido la más pequeña manifestación de desagrado.

Vive del aire, como los camaleones, ya que no se pueden tomar en cuenta los siete pedazos de tortilla cubiertos de mota verde y más duros que siete cuernos con que se le ha obsequiado en los largos seis años que lleva de vivir en el rancho; ni aquel mondo fémur de taltuza que en fecha memorable le produjo una indigestión.

No recuerda haber comido otra cosa en todo ese largo período. O, mejor dicho, no quisiera tener otra cosa que recordar. Por ejemplo, aquel caite de cuero crudo, propiedad exclusiva de Toribio, que, por un abuso de confianza, se metió entre pecho y espalda hará cosa de un año.

Ni aquella olorosa bola de jabón de cuche que, hacia la misma época, siguió igual camino, gracias a un descuido de la Remigia, que la dejó olvidada en una horqueta del molendero.

Ni, en fin, aquella deliciosa candela mechona, de mucho tiempo atrás, cuyo pabilo, crispado y negro de polvo, permanece todavía

colgado de un clavo, como viviente y mudo acusador.

Tres atracones fabulosos que le valieron tres palizas inolvidables. También tiene en su activo (hay que decirlo todo) una lagartija muerta y las tripas de un talapo que pereció víctima de una certera pedrada de Toribio en día remotísimo.

Y paremos de contar.

Capítulo II

En el cual se verá que, a las veces, los grandes personajes no toman a desdoro entregarse a devaneos de poca monta.

Quien duerme, come, reza un refrán sabido de todos. Nerón no conoce la existencia de tal postulado de la sabiduría popular; pero lo practica por instinto. Ahora, nada menos, acaba de echar un beatífico sueño de tres horas, en un rico lecho de polvo, al amor de las hirsutas pencas del cerco de piña.

En sueños se ha comido una cantidad fabulosa de tortillas frangolladas, humedecidas en caldo de tripas, y se siente satisfecho. Sentado sobre su cuarto trasero, lanza uno tras otro dos bostezos desquijarantes. Con ojos entrecerrados contempla el paisaje. La vegetación parece achicharrarse abrasada por un sol canicular. Unos cuantos zopilotes rayan en curvas amplias el purísimo azul del cielo. Nerón los mira ladeando la cabeza. Mira con suprema indiferencia las gallinas que por su vecindad rascan y picotean. Contempla las lomas que, allende el potrero, hacen ondular sus jorobas verdes. Se echa sobre la rabadilla y, alzando un remo trasero con la agresividad de una bayoneta, se mordisquea una pulga que le anda hurgando por la entrepierna. Se rasca otra en la base de una oreja. Después de todo se tiende panza abajo con la visible intención

de enhebrar otro sueñecito. Puede que le estén haciendo falta los postres para obligado complemento de las tortillas de marras.

Y a fe que durmiera otras dos horas largas, si no fuera porque su atención se encuentra solicitada por algo muy interesante: por allí no más, a pocos pasos hay un pequeño objeto movedizo. Nerón se yergue súbitamente y avanza lleno de curiosidad, deteniéndose, no obstante, a una prudente distancia. Estira el pescuezo cuanto puede, en un vano intento de olfateo. ¿Qué puede ser aquello? ¡Si fuera el ansiado postre! Se acerca un poquito más y vuelve a olfatear. No. No huele a cosa de comer. El enigma inquietante continúa en pie. Y por primera providencia, Nerón le enseña los dientes.

Luego, trata de intimidarlo con media docena de ladridos de lo más terrorífico que imaginarse pueda.

Por raro que parezca, Nerón no ha visto jamás un escarabajo patas arriba. Y aquello es un escarabajo patas arriba, que se entrega a un pataleo tan activo como infructuoso por recobrar su posición normal. Habida cuenta de que sus manifestaciones hostiles no provocan represalia alguna, Nerón entra en confianza y gira alrededor de su presa como un compás vivo sobre la punta fija de la nariz. A renglón seguido, vuelve a ladrar; pero ahora son ladridos de pura guasa, enhiestas las patas traseras, estiradas al ras del suelo las delanteras, en actitud alegre y juguetona. Y hasta las dentelladas que le envía son dentelladas de broma, dentelladas al aire, sonando a marfil las castañuelas de los dientes blancos.

Nerón se divierte. Aquel pequeño objeto móvil —juguete maravilloso— lo ha hecho completamente feliz. Y su felicidad se desborda en forma de carreras vertiginosas, que trazan un zurcido fantástico en el agujero que el patio lleno de sol abre en la verde túnica de los campos.

Allá va como una centella, hasta casi darse de hocicos contra la piladera que bosteza de modorra a la sombra del amate. Hace allí un quiebre brusco, y parte en línea recta hacia la puerta de trancas. Luego, al palo jiote de la esquina, cuidando de pasar muy cerca del escarabajo, para un nuevo amago de agresión. Se acompaña de un gran clamor de ladridos y levanta nubes de polvo. Todo el patio está turbio de polvo. Corren las gallinas despavoridas, entre aletazos y cacareos... La Remigia, atraída por la bulla, ha dejado su quehacer y ha salido a la puerta del rancho para ver qué pasa.

—¡Chucho hijue... puerca!

Un leño vuela por el aire. Un ladrido, que empezó como Dios manda, termina en grito de dolor. Y Nerón huye cojeando, quejumbroso y mustio, a buscar abrigo detrás del bebedero de las gallinas.

El pobre ya no tiene ganas de jugar. Y mientras se lame la pata dolorida, no sin lanzar miradas de reojo al rancho impasible, dice para su pellejo:

—¿Qué demonios le habré hecho yo a esta mujer?

Capítulo III

De cómo la magnanimidad del héroe corre parejas con su nunca bien ponderada valentía.

¿Nerón, correr como una centella? Entendámonos. Se puede afirmar tal cosa sin reparo alguno, a condición de colocarse en un plano puramente hiperbólico y convencional; porque si hemos de dar a las palabras su alcance justo y preciso, estaremos obligados a confesar que la rapidez que Nerón puede desarrollar no es como para dejar maravillado a nadie. Casi no podemos decir que vaya más allá de un trote largo.

Pero como no es cosa de negar sus fueros a la imaginación, decimos y repetimos que Nerón corre como una saeta, como una centella, como un relámpago.

Hecha la anterior aclaración, que nos dicta un escrúpulo de conciencia, vamos a lo que íbamos. Y a lo que íbamos es a asegurar que Nerón es un chucho valiente. Lo que se llama un chucho de pelo en pecho.

Díganlo, si no, los zopilotes. Más tarda uno de estos en aterrizar en el patio, en busca de alguna hipotética piltrafa, que Nerón en saltar como una fiera —como una fiera que es— atronando el espacio con

sus ladridos espeluznantes. Y a fe que el avechucho acabaría reducido a dosis homeopáticas, si no se diera a la fuga prudentemente.

¿Y los otros perros, pues? A nadie se le escapa que todos los chuchos vagabundos que pululan por las cercanías, de mil amores entrarían al patio en solicitud de desperdicios; pero Nerón vigila, y sus hambrientos congéneres, oyendo desde muy lejos los tremendos ladridos, optan por hacerse los disimulados cuando llegan frente al rancho, y pasan de largo como si no tuvieran nada que hacer por allí. Y, sin embargo, hay momentos en que estaría uno tentado de poner en tela de juicio la valentía de Nerón. Verbigracia, la aventura de hace poco en la carretera. Había ido al potrero nuestro héroe a caza de impresiones. Con aire displicente andaba sorteando las macollas de zacate, olfateando acá y allá, interrumpiendo la marcha de vez en vez para rascarse una pulga, cuando de pronto advierte una bola gris y peluda que, en saltos elásticos, aparece y desaparece trazando un zig-zag silencioso por entre el zacate. A Nerón se le hace agua el hocico, y con indecible emoción gastronómica, se pone a seguir cautelosamente al conejo, procurando hacer el menor ruido posible. Ya sueña con engullirlo íntegro, y se felicita por su buena suerte.

Así, uno tras otro, llegan a la linde del potrero. El conejo sale a la carretera, que en ese momento está solitaria, lo cual aprovecha para el cotidiano acicalamiento, cepillándose los flancos con la punta del morro. En ello está, cuando repara en su enemigo que lo acecha medio oculto entre la maleza, listo para caerle encima.

¿Piensan ustedes que el roedor saltaría aterrado, huyendo como alma que lleva el diablo? ¡Mal haya! Lo que hace es enderezarse sobre sus cuatro patas, quedando frente a frente con su perseguidor; y luego de rascar tierra se le queda mirando de hito en hito con aire de desafío. ¡Qué afrenta para Nerón! ¡Un mísero conejo rascando tierra

en su presencia! De haber seguido su primer impulso, se habría arrojado sobre el insolente y lo habría hecho cisco a dentelladas, que era lo que merecía. Pero el noble animal reflexiona. ¿Será que no juzga oportuno comprometer su buen nombre en una aventurilla de dudosos resultados con un adversario cuya peligrosidad desconoce? ¡No, señor! Quien tal piense, está equivocado de medio a medio. La verdad es que considera una cobardía indigna de él ensañarse contra una criatura débil, y prefiere aplastarlo con su desprecio. En consecuencia, simula no haberlo visto. Afectando la mayor despreocupación, husmea por el suelo. Va a oler el pie de un brotón del cerco.

Levanta contra él una de las patas de atrás; y tomando un trotecito indolente, se aleja calle abajo, calle abajo, en busca de la puerta de trancas...

Capítulo IV

Donde el famoso Nerón desdeña una presa por considerarla indigna.

Parece que por toda la comarca se corrió la voz de la aventura conejil, lo que dio margen a que Nerón anduviera en lenguas. Se decía —y aún se dice— que es una leyenda la tan ponderada valentía de mi héroe; que si los demás perros no entran al patio no es por él, sino por Toribio, o por la Remigia o por alguno de los cipotes, pues nunca falta del patio alguna persona de la familia. Sabido es que nadie puede sobresalir del nivel común sin hacerse, *ipso facto*, blanco de la maledicencia.

Yo no quiero dejar ignorado ningún indicio que pueda servir para formarse una idea cabal de la personalidad del chucho de Toribio. Y a fuer de cronista verídico e imparcial, aun cuando Nerón pueda resultar perjudicado en su buen nombre por lo que voy a relatar, sépase que una vez, en efecto, entró un chucho al patio, estando él ahí.

Toribio se había ido al trabajo. La Remigia estaba quebrando el nixtamal y los cipotes se andaban bañando en el río. En el patio, pues, no había nadie más que las gallinas buscando en el suelo gusanos ilusorios, y Nerón rascándose las pulgas tan a conciencia como de costumbre, y buscando a su vez algo comestible o que pudiera

desempeñar el papel de tal. Buscaba con la previa certidumbre de que nada encontraría; pero estaba engañado. No cabe duda que aquel día había amanecido de suerte.

En efecto, al lado de la puerta del rancho encontró, contra toda provisión, un ovillo de pelos de maíz impregnado de manteca y espuma de jabón. La Remigia lo había arrojado allí por inservible, después de haberlo utilizado para fregar sus cacharros de cocina.

Nerón se le acercó radiante. Lo olfateó cuidadosamente por un lado. Dio media vuelta y lo olfateó por el otro. Le dio unos lengüetazos tímidos y se quedó perplejo. ¿Se lo comería? ¿No se lo comería? La cosa tenía sus bemoles y valía la pena de meditarse. Malo no era el bocado. ¡Pero lo que molestaría cuando fuera llegado el momento de franquear la última etapa de su odisea digestiva! Nerón lo sabía por experiencia. Una vez pasó tres días seguidos sentándose por los rincones, en la creencia de que un tábano le andaba queriendo picar las nalgas tan pronto como intentaba dar un paso. Y la culpa la tuvieron unos pelos de maíz que se había comido.

¿Se expondría ahora a la misma incomodidad? ¿Sería esta compensada por el placer de saborear el apetitoso ovillo? Nerón no acaba de decidirse, y aplazando la resolución para más tarde, se pone a hacer de centinela junto al objeto de sus ansias.

Nerón es chucho de paciencia benedictina. Lo menos seis horas pasó cuidando su ovillo. No se atrevía a comérselo, pero tampoco quería permitir que otro lo aprovechara. Gallina que se acercaba por allí, era gallina que volaba cacareando, dándose por bien librada con solo perder algunas plumas entre las caninas fauces.

Y es más que probable que a estas horas todavía estaría montando la guardia, sin hacer otro movimiento que el indispensable para una olisqueada de cuando en cuando, de no haber sido por un perrazo

lanudo, color de pulpa de zunzapote, que tuvo a bien meterse en el patio como Pedro por su casa.

Más tardó en verlo Nerón, que en alzarse con el espinazo erizado, ladrando como un energúmeno, de lo que el otro hizo tanto caso como una ordenanza del Consejo de Indias. Con los movimientos lentos y acompasados que correspondían a su gran corpulencia, se puso a recorrer el patio en todas direcciones, olfateándolo todo y registrándolo todo.

A medida que lo veía aproximarse, Nerón se retiraba a reculones, dejando el botín abandonado con todo el dolor de su alma. El intruso llegó por fin a los famosos pelos y, sin pensarlo poco ni mucho, se los tragó como si hubiese sido una píldora. Continuó en sus investigaciones, Y no encontrando nada más de qué dar buena cuenta, salió por donde había entrado y se perdió por la carretera en dirección al pueblo. Y todo esto, sin un alarde, sin manifestar en manera alguna haberse dado cuenta de que Nerón existía.

Este, que es algo filósofo, pronto se consoló de su pérdida, y hubo de conformarse con ir a verificar si el polvo conservaba todavía algún resto de olorcillo a manteca y a jabón de cuche.

Y cuando del todo le pasó la pena, se moría de risa pensando en que el ladrón las pagaría caras, pues no tardaría mucho en andar encogiendo las nalgas, perseguido por un tábano ficticio...

Capítulo V

De cómo el héroe, sin quererlo ni pensarlo, fue parte en desencostalar un encostalado.

Después de un almuerzo extremadamente copioso que había tenido en sueños —porque a veces le da por tener sueños de opulencia—, creyó Nerón que iba a echar una rica siesta bajo el amate.

Pero no contaba con la huéspedada.

Y la huéspedada fue que empezó a oírse, como si se viniera aproximando por la carretera con procedencia del pueblo, un grito ininterrumpido, de esos que ponen los pelos de punta al más temerario, y para el cual no parecía haber explicación plausible.

Era un lamento horrisono, de modulaciones raras, que ya se elevaba agudizándose hasta rayar en la estridencia, ya descendía gorgoritante, sordo, apagado, como emitido entre felpas.

Es bien sabido que la prudencia del chucho, de tan grande como es, puede confundirse con el miedo, según algún criterio maldiciente; pero su curiosidad no se queda atrás. Tanto es así, que repetidas veces lo ha inducido a cometer imprudencias.

Para el caso, el lance que ahora nos ocupa. Dejándose llevar por la curiosidad, se fue acercando sin ruido a la cerca. Y allí, al abrigo de

unos troncos de izote, se puso a escudriñar la carretera. Iba él a poner en claro lo turbio, o a perecer en la demanda.

A poco esperar, vio aparecer por el recodo inmediato un rapaz, No púber todavía, que se tambaleaba al peso de un bulto movedizo que llevaba en hombros metido en un costal.

Y era en aquel bulto, precisamente, donde se originaba el estruendo.

Con averiguar tan poca cosa, Nerón estaba tan a oscuras como antes; pero un detalle era para él más claro que el agua: que estando embolsado el enigmático enemigo, quedaba él a salvo para ladrar cuanto le viniera en ganas.

Y fue así como esperó hasta ver al cargador por la espalda. Salió entonces a la chita callando. Le fue al alcance, hasta llegarle a un paso de los talones, y la emprendió a ladridos con toda su alma.

Es muy posible que el arrapiezo, que tan a las claras iba incomodado con su carga, estuviera buscando un pretexto, siquiera fuera traído por los cabellos, para deshacerse de ella. También es posible que, según como Nerón ladraba, se haya creído acosado por toda una jauría. Ello es que allí mismo, sin otras intimaciones, dejó caer el lío y emprendió la fuga a carrera tendida.

Dejémosle ir, que su suerte no es lo que nos interesa.

Nerón iba de asombro en asombro. El costal, no bien hubo tocado tierra, se había puesto a rodar pesadamente de un lado a otro, dando pequeños saltos de vez en vez, sin cortar por ello su desconcertante alarido.

El ajo de lo que aconteció después estuvo entre la cuerda y el nudo que cerraba la boca del saco. No he logrado establecer si fue aquella la que se rompió o este el que se deshizo; pero en lo que no cabe un asomo de duda es que, en un momento dado, emergió de aquel antro

de tela un gato amarillo bufando de rabia, que no hubiera podido erizarse más de lo que estaba y que tan pronto como se vio libre se puso a dar saltos de altura sin ton ni son.

En esas estaba cuando percibió al chucho. Sin decir agua va, cerró súbito contra él, y de un arañazo le partió una oreja.

Tan intempestiva fue la cobarde agresión, que el héroe no se acordó para qué le servían los cuatro remos en contingencias semejantes, y todo lo que hizo fue protestar indignado en la forma que era de esperarse: poniendo el grito en el cielo.

Por fortuna suya, el otro creyó más urgente tomar las de Villadiego que repartir zarpazos. Y siendo que cualquier dirección le era igual, puesto que desconocía el terreno en absoluto, salió de estampía con un rumbo arbitrario. Rumbo que lo llevó directamente, vía puerta de trancas, al patio de Toribio.

Ahí se encontró de manos a boca con la Remigia y los dos cipotes que venían en grupo, atraídos por el zafarrancho cuyo origen querían averiguar.

Los tres prorrumpieron al unísono en un grito de pavor cuando el fementido animal se les cruzó como un relámpago por entre las piernas. Y si acaso llegaron a determinar su especie, digo yo que sería porque previamente habrían acertado en identificar como maullidos sus recientes vociferaciones. Que por la vista, jamás lo consiguieran, tal era la prisa que el fugitivo ponía en desaparecer.

Oyendo el clamor de sus amos, sintió el chucho que se le hacía un nudo en el estómago, dando por seguro que ya lo harían pagar caro la aventura, aunque solo fuera por no perder la costumbre...

Por espacio de cuarenta y ocho horas no tuvo ánimos para presentarse en el rancho. Cuando al fin se resolvió a ello, hubiera

querido hacerse invisible, si hemos de juzgar por el grado de agazapamiento a que se reducía cada vez que alguien le andaba cerca.

Al fin hubo de convencerse, maravillado, de que nadie estaba pensando en tocarle el pelo de la ropa.

Increíble, sí. No lo vamos a discutir. Pero así fue la verdad de las cosas.

Capítulo VI

En el cual se da cuenta y razón del misterioso desaparecimiento de cierta candela de sebo.

Lo de la candela de sebo pasó como va a leerse:

Un domingo por la mañana, salió para el pueblo Toribio, como tenía por costumbre. Nerón se fue detrás y lo acompañó hasta subir la Cuesta Lisa, desde cuya altura se divisan ya los tejados del pueblo por entre el follaje. Y no quiso pasar de allí. Se quedó sentado moviendo la cola, hasta que vio desaparecer a su amo en el primer recodo. Entonces se puso a desandar lo andado.

Siempre hacía lo mismo. Salía de la casa, ya solo, ya en seguimiento de alguien, con la intención de llegar al pueblo, y en la Cuesta Lisa le flaqueaba el valor y se volvía. ¿Por qué tal repugnancia por el pueblo? En otro capítulo lo explicaré. No ahora, porque el caso no tiene nada que ver con la candela de sebo.

A la hora del almuerzo volvió Toribio. Nerón, que dormía como un santo bajo el amate, junto a la piladera, se despertó por un grato olorcilb de algo que el indio traía dentro de la cebadera. Como movido por un resorte se levantó, y pisándole los talones entró en el rancho.

De la cebadera fueron emergiendo sucesivamente un par de caites de llanta de automóvil, una estampa del Niño de Atocha con marco de

hojalata, un escapulario de la Virgen del Carmen, un almanaque de Bristol, un sombrero de palma, cinco puros de los de a centavo y, en fin, una candela de sebo, que era la que había impresionado la pituitaria de Nerón, hasta el grado de sacarlo de su profundo sueño.

El chucho, tan pronto como la vio, la condenó a muerte.

Es increíble la utilidad que se puede sacar de una candela mechona. Lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, como quien dice. Lo mismo da flexibilidad a un pial, que cura un lobanillo. Para la tapazón de narices, no hay cosa igual. Y para el dolor de costado, y para el mal de ojos, y para mil otras cosas más. Pero, sobre todo, para matar el hambre. ¡Oh! Para matar el hambre... ¡hay que preguntar a Nerón! Y Nerón decidió asesinar la suya a la primera oportunidad.

La candela de marras quedó colgada de un clavo a un horcón, al lado del molendero; pero este vecindario no era ningún inconveniente, porque la Remigia a cada momento abandonaba el rancho, obligada por sus ocupaciones.

En efecto, poco tuvo que esperar Nerón. Mientras la mujer andaba por el río trayendo agua para lavar el nixtamal, logró sin tropiezo alguno, parándose en dos patas, llegar hasta la candela; pero no pudo descolgarla, como pensaba, para írsela a comer al patio con toda calma, porque el maldito clavo era oblicuo hacia arriba. Así, pues, lo que hizo fue apretar con los incisivos lo más alto que pudo, y tomando apoyo con las patas en el horcón, tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. En un santiamén quedó la mecha desnuda, y el culpable tomó soleta relamiéndose sibaríticamente.

El estropicio no se descubrió sino varios días después, con ocasión de que la Remigia buscó la panacea para curarse una picada de

alacrán. Desde luego, no se molestó en tomar ninguna providencia; pero en cuanto volvió del trabajo Toribio, le recibió con el chisme:

—El chucho se comió la candel'e sebo.

Toribio comprobó de visu el atentado y soltó un taco redondo:

—¡Ve quijue sesenta mil...!

Se quitó el cincho y salió al patio. Nerón no lo sintió venir, ocupado como estaba en rascarse la sarna. Al primer correazo quedó patas arriba, chillando como un condenado, y antes de que se pudiera poner en salvo, hubo tiempo de que le cayeran otros cuantos más, tan bien sentados como el primero. Todavía, cuando iba saliendo como un cohete por la puerta de trancas, se le adelantó dando tumbos una piedra enorme.

Y la voz del indio remachaba:

—¡Vení para acá, chucho malvado, yo te voy a enseñar a ladrón!

Nerón pasó varios días sin asomar por el rancho. Y como a veces tiene tan mala memoria, por mucho que se devanó los sesos, no logró acertar en su vida con la razón y causa del vapuleo.

Capítulo VII

Que narra la incalificable agresión que numerosos y violentos enemigos perpetraron en la persona del héroe.

¿Nerón, desmemoriado? Sí, en lo general. Porque hay cosas que no se le olvidarán jamás, así viva cien años. Por ejemplo, lo de la lata de sardinas.

Esta es historia antigua. Es de cuando Nerón vivía en el pueblo. Porque Nerón no siempre ha sido chucho de finca. Hubo un tiempo en que fue chucho pueblerino. Chucho sin dueño y sin abrigo, que vivía a la intemperie y comía huesos perdidos; pero habitante del pueblo, al fin. Mil veces tomó parte en las perrunas y fenomenales contiendas que se suscitaban en la época del celo. Mil otras recibió palos y pedradas de muchachos traviesos, o como castigo en sus incursiones por las ventas de carne del mercado. Y hasta jarras de agua caliente le depilaron el lomo cuando se aventuró mucho por el interior de las viviendas. Aun así, vivía contento con su suerte —única manera de ser feliz— y nunca había considerado la posibilidad de abandonar el pueblo, hasta que le aconteció lo de la lata de sardinas.

Había en el pueblo una casa que Nerón hizo víctima de sus latrocinios en repetidas ocasiones. A decir verdad, sus habitantes

sentían hacia él una antipatía invencible, y le demostraban las peores intenciones. ¡Pero el zaguán era tan ancho, y la cocina olía tan bien!

Un día, pues, entró sin solicitar permiso de nadie, según su habitual proceder. Daba por seguro recibir sus buenos trancazos, pero sacar, en cambio, succulento botín. ¡Que si quieres! Esta vez lo estaban esperando, y no bien hubo entrado, el zaguán se cerró de golpe.

Lleno de pavor quiso huir, pero no encontró por dónde. Y empezó una despiadada persecución que le pareció eterna. Corría él adelante, sin saber por dónde iba, y todos los habitantes de la casa, armados de toda clase de objetos vulnerantes, detrás. Hubo gritos, golpes, muebles volcados, vidrios rotos... Muy pronto el intruso fue cercado, capturado, inmovilizado, golpeado. Cuando lo dejaron en libertad y le permitieron salir a la calle, llevaba a rastras, amarrada a la cola, una lata vacía. Y aquí vino lo bueno. El estruendo que armaba aquel aditamento al rodar por los empedrados era algo fenomenal, que produjo en el pobre chucho un verdadero pánico. Y mientras más corría, más el fragor aumentaba. Todas las calles del pueblo desfilaron por sus ojos espantados, en una desbandada fantástica. Las gentes corrían, gritaban, le lanzaban una lluvia de piedras para acabarlo de enloquecer. Dejó atrás la plaza, dejó atrás la iglesia, dejó atrás las últimas casas del pueblo, acosado a golpes, perseguido por una turba de perros que, con sus embestidas, lo echaron a rodar muchas veces.

Así salió al camino real y siguió corriendo. Corrió todavía no supo cuánto tiempo, hasta caer sin sentido bajo las marañas de un cafetal, cuando ya hacía mucho tiempo que se había desprendido la lata de sardinas.

Al volver de su desmayo no se explicaba —como ahora tampoco se lo explica— lo que le había pasado. De todo aquel acontecimiento apocalíptico y desconcertante, no le quedaba más que un sentimiento

invencible de horror. Tenía las patas temblorosas y una gran debilidad general. Y si a esto agregamos la hora, ya cercana de la oración, y la soledad de aquella naturaleza semisalvaje que veía por primera vez, podremos hacernos una idea siquiera aproximada de su estado de ánimo.

Caminando al azar por entre la maleza, salió a la carretera y allí se quedó alelado sin saber qué camino tomar. Al pueblo no volvería, así se lo fueran a suplicar de rodillas. ¿Entonces...?

Lo sacó de su abstracción el indio Toribio que volvía del pueblo.

En realidad de verdad, Toribio no tenía una figura muy atractiva que digamos; pero Nerón se habría agarrado a un clavo caliente, y se fue tras él.

De esta manera llegó Nerón a formar parte de la familia de Toribio, según queda relatado en el primer capítulo de esta fiel y peregrina historia.

Capítulo VIII

De cómo un peligroso enemigo se vio ante el dilema de una sigilosa retirada o una muerte cierta, y de cómo hubo de conducirse.

Ladrar en no importa qué tono era el socorrido sistema de Nerón para cuando no sabía qué hacer o cuando, aun sabiéndolo, no podía hacer otra cosa.

No es maravilla, pues, que recibiera a ladridos al nuevo habitante del patio que en cierta ocasión hizo su ingreso en brazos de Toribio. Nerón hubiera jurado que era una gallina más, si no hubiera sido que abultaba mucho más que cualquiera de estas.

Entonces, si no era gallina, ¿qué podía ser? El chucho no tenía la menor idea y, en consecuencia, se dio a ladrar.

Toribio, sin ponerle atención, se llegó a la sombra del amate, donde puso a su prisionero en tierra, echado sobre un flanco, para desligarle las patas, que las traía atadas una con otra. Y con la misma pita que sacó de la operación, lo amarró a una estaca, dejándolo en libertad de moverse dentro de un círculo bastante estrecho.

Libre de sus trabas, el pájaro misterioso se enderezó sobre sus patas rugosas, se sacudió las plumas enérgicamente, se rascó bajo un ala con el pico y acabó por darse inmóvil recogiendo el cuello y

desentendiéndose de cuanto pasaba a su alrededor. No dio señales de vida ni siquiera cuando llegó la Remigia con unos desperdicios de cocina y un tiesto con agua que le puso al pie de la estaca.

Algunas gallinas, que se habían aproximado atraídas por la novedad, reanudaron sus quehaceres habituales con olímpica indiferencia.

Y la vida volvió a fluir por sus cauces de siempre en el tranquilo patio de Toribio. Nerón mismo, cansado de ladrar sin que nadie se diera por aludido, había acabado por echarse de barriga, con la quijada sobre las patas delanteras, mirando de hito en hito al recién llegado.

Se perdía en conjeturas sobre quién podría ser, sobre qué intenciones traería y sobre la actitud que él tendría que asumir; problemas todos ellos de primera importancia; pero no por mucho barajarlos le encontraba la punta al ovillo.

Por fin, a fuerza de cavilar, le fue entrando sueño. Y ya casi cerraba los ojos cuando observó con renovado interés que el pajarraco había salido de su ensimismamiento, y que a la sazón efectuaba una minuciosa inspección visual en todas direcciones. Vio cómo, acto seguido, se ponía a escarbar los desperdicios con el pico y las patas sin dignarse dar un bocado. Y vio, en fin, cómo se paseaba de acá para allá, con un andar pausado y solemne, a todo lo largo que la cuerda se lo permitía.

¡Qué más quería Nerón! Fue como si le hubieran clavado unas banderillas. Se alzó del polvo de un solo salto y la emprendió de nuevo a desgañitarse.

Pero no fue por mucho tiempo, debido a que el plumífero reaccionó por modo extraordinario. Erizó todas sus plumas adquiriendo contornos casi esféricos, desplegó la cola en forma de abanico y ensayó unos pasos, de danza en compás de dos por cuatro,

acompañándose de una imitación —bastante mala, por cierto— del ruido de una pandereta.

—¡Chum!...

—¡Chum!...

Nerón no quiso ver en qué paraba todo aquello. Ya, con el erizado de plumas, había salido andando para atrás, como hacía cuando tocaban a retirarse sin perder de vista al enemigo; y al primer panderetazo ya no fue dueño de sí: dio media vuelta y puso pies en polvorosa.

Y no fue por miedo, no. Fue por el dolor que en el ánimo le produjera el espectáculo de un personaje tan circunspecto como respetable, rebajándose hasta caer en las vulgaridades de la coreografía.

Y la pena lo atormentó por un largo rato, si hemos de juzgar por el hecho de que no regresó sino hasta que brillaron las estrellas, es decir, al estar bien seguro de que el bailarín se había ido a la cama.

Por sabido se calla que al día siguiente no esperó a que saliera el sol para ausentarse, y no volvió sino cuando fue noche cerrada. Y así por muchos días sucesivos. Se escabullía entre oscuro y claro; pero no faltaba por la noche de su dormitorio acostumbrado, sobre el umbral de la puerta de la cocina.

Porque él, a menos de mediar obstáculos insalvables, no sentía inclinación alguna a dormir fuera de casa, y esto por varias razones. La primera y principal, que los coyotes tienen la mala costumbre de los merodeos nocturnos, y no le habría caído en gracia un encuentro con gentuza de tal ralea.

Decía, pues, que así pasó mucho tiempo, sin poder precisar cuanto. Una vez se atrevió a asomar durante el día a caza de novedades; pero ni siquiera llegó a penetrar en el patio, porque desde

afuera alcanzó a ver a su enemigo, ya en completa libertad, picoteando acá y allá, en llana camaradería con las gallinas de verdad.

Según las informaciones más fidedignas que poseo, es muy posible que una vez más, por lo menos, haya repetido el tanteo con idéntico resultado.

Entonces, acomodaticio como era él, se conformó con aquel modo de vivir para el resto de sus días.

Mas la Providencia había dispuesto las cosas de otra manera.

Una noche hubo llovizna persistente. Si bien las tejas impedían que el agua calara al héroe hasta los huesos, no podían cortar el paso al vientecillo glacial que le hacía castañetear los dientes. A tanto llegó la incomodidad, que lo indujo a jugar el todo por el todo yéndose a dormir al interior de la choza.

Sin hacer más ruido que una sombra, se metió en un descuido de la gente y fue a buscar sabroso acomodo bajo el tapexco de la Remigia. Ahí se estuvo quedo, sin osar siquiera rascarse la sarna, pues bien sabía que silo llegaban a sentir, lo iban a sacar a patadas.

Y ahí se quedó dormido. Durmió toda la noche, y toda la madrugada y buena parte del día, gracias a la tibieza y sabrosura del lugar que le hicieron el efecto de un narcótico.

A la hora de su despertar, el sol corría bastante alto y en el dormitorio no había otra persona que él.

Sin llegar a explicarse lo que le había pasado, salió de su escondite y se llegó hasta la puerta, atisbando desde adentro, a ver por dónde andaría el de la pandereta, para escurrirse por el lado opuesto.

No viendo más que gallinas, ensanchó su campo visual sacando medio cuerpo al corredor.

Nada.

Medio intrigado, medio receloso, fue saliendo al patio poquito a poco, husmeando por todos los rumbos.

Había en todas las cosas una paz reconfortante, una beatífica placidez.

¿Y el enemigo?

Del enemigo no se descubría el menor barrunto.

Y el chucho fue envalentonándose a ojos vistas, llegando hasta interrumpir momentáneamente el rastreo para lanzar en redondo una mirada preñada de retos y amenazas.

Y cuando más se convencía de que no iba a encontrar al que buscaba, más se empeñaba en buscarlo y mayores ganas sentía de pillarlo para darle una buena.

Acabó recorriendo el patio de linde a linde casi en carrera franca, las narices a ras de del suelo, como estampando una rúbrica triunfal a su empeñoso aunque infructuoso husmeo.

¡Ah! ¡Si el miserable volátil hubiera estado a sus alcances, no habría quedado una pluma para contar el cuento!

Consciente de su triunfo y orgulloso de su fiereza, adoptó un airecillo de petulancia (no hay héroe sin su debilidad) y se encaminó hacia la puerta de trancas.

Y, plantándose en la propia entrada, ladró frenéticamente urbi et orbi para que el prófugo, si por azar no andaba lejos, se convenciera de una vez por todas de que él, Nerón, era el único dueño y señor de aquel patio.

¡Pues no faltaba más!

Capítulo IX

De cómo un indio malhablado pudo caminar varias leguas en compañía de Nerón sin llegar a dar fe de su modo de ladrar.

Una gran parte de las andanzas de Nerón se produjeron en la carretera. Casi no hacía más que salir a la puerta de trancas, y hete que la aventura le salía al paso, como si lo hubiera estado esperando.

No es de extrañar, pues, que una mañana presintiera que algo tenía que ocurrir, tan solo porque vio aparecer un hombre, como viniendo del pueblo, con un bulto auestas.

Pensó ladrarle en cuanto lo tuviera al habla; y le habría ladrado aun cuando no hubiera tenido el propósito de llevar las cosas adelante, por pura ostentación y porque así era él.

Sin embargo, aquella vez no ladró. Antes bien se hizo el muerto, dando lugar a que el desconocido pasara de largo, y se fue tras él callada la boca.

Cualquiera habría supuesto que había descubierto en el susodicho algún indicio alarmante: mas no hay tal. La razón de semejante estaba en que ciertos prometedores efluvios le informaron con mucha anticipación que el hombre era portador de algo que podía serle de gran utilidad.

El cual resultó ser un indio que, ignorante de las grandes cosas que estaban por sucederle, marchaba despreocupadamente, encorvado bajo el peso de un cacaste cargado hasta los topes. Llevaba los pantalones de manta arrollados hasta media pantorrilla y marcaba el paso con una pértiga que le hacía de bordón.

Lo más conspicuo del equipaje estaba constituido por unas docenas de comales acondicionados verticalmente en la parte central del cacaste, en el sentido antero-posterior. Alrededor de estos se distribuían equitativamente con escaso acolchonamiento de hojas secas de plátano, una infinidad de otros chismes de arcilla, como decir ollas, sartenes y jarros de todos tamaños que, en conjunto, hacían un promontorio piramidal cuyo peso, de solo imaginárselo, daba encogimientos de tripas.

Pues bien: toda aquella vajilla dejó a Nerón impasible. Lo que sí lo estimuló en gran manera fue una sarta de chorizos que iban llenando el espacio angular formado por ambas mitades de la ringla de comales que se tocaban por su convexidad.

No se acordaba Nerón de haber visto jamás tanto chorizo de una vez, ni se imaginaba en qué forma se los había de apropiar; pero ni por un momento dudó de que se los iba a comer todos, sin desperdiciar ni la tusa de los amarrados.

Y en espera de que las circunstancias le mostraran el camino de la felicidad, ya que así, de pronto, no podía formarse un plan determinado, se fue resueltamente detrás de sus chorizos.

La jornada fue bastante larga y en extremo penosa, dado que el chucho no estaba hecho a caminatas en la escala de aquella a la cual lo condenó el desalmado del indio, que parecía infatigable. A velocidad rigurosamente uniforme, con pasos isócronos y movimientos tan regulares como si estuvieran regidos por algún mecánico artificio,

anduvo toda la mañana sin dejarse ganar por la tentación con que lo acechaban las sombras a la orilla del camino. Pasó la hora del almuerzo. El sol inició su descenso postmeridiano, y el condenado en la misma.

Nerón se preguntaba si no sería aquella la ocasión de ir a conocer el quinto infierno. Más de una vez estuvo a punto de tenderse en el suelo, vencido por la fatiga; pero las emanaciones de los chorizos lo mantenían electrizado y seguía adelante.

Al mediar de la tarde, inopinadamente se paró aquella encarnación del movimiento perpetuo.

Nerón se resistía a dar crédito a sus sentidos, que es lo que a todos nos pasa cuando llega a ocurrir lo que hemos deseado y esperado por mucho tiempo; pero no había engaño posible. El detentador de su almuerzo estaba ahí, inmóvil a media calle, puesto en tierra un extremo de su bordón que señalaba al cielo con el otro.

El héroe, de barriga en el suelo, acezando y con toda la lengua afuera, estaba a la expectativa.

El otro, luego de corta vacilación, se llegó a un borde saliente, muy a propósito para sentarse, que corría buen trecho sobre la margen del camino. Puestas ahí las posaderas, fue enderezando el cuerpo lentamente hasta hacer descansar el cacaste sobre sus cuatro patas, y desembarazado así de su carga, se adelantó unos pasos para inspeccionar la vía en ambas direcciones. Por suerte para el chucho, no lo descubrió; que silo viera, tengo para mí que lo hubiera agredido a pedradas. Y libre de temores salvó un cerco de piedras y se perdió entre el bosque.

El chucho anduvo listo en aprovechar eclipse tan oportuno y, en menos que canta un gallo, estuvo al pie del cacaste dando violentos

tirones de los chorizos; los cuales estaban tan bien asegurados como para no volverse a desatar jamás.

A cada tirón respondía el cacaste con un bamboleo inquietante y un sordo tintinear de barro cocido; pero no era esto lo peor, sino lo otro, a saber: que el traicionero artefacto, con mucha cautela para no llamar la atención del chuco, iba caminando a pasitos cortos por una ondulación del terreno que le permitía irse alejando más y más cada vez de la vertical.

Y fue que no tardó mucho en lograr una inclinación incompatible con la estabilidad. Despegó dos patas del suelo, se balanceó por un segundo sobre las otras dos como indeciso, y acabó por dejarse caer con todo su peso, creyendo que iba a hacer tortilla al héroe y metiendo tanto ruido, que se creyera que una montaña se había derrumbado. Y no satisfecho todavía, dio media rodada sobre sí mismo y se tiró del borde abajo hasta yacer como muerto sobre el camino.

Mas todo aquel cataclismo resultó tan inútil como había sido ruidoso, Porque el chuco se puso a buen recaudo desde un principio. Mentiría si dijera que no se intimidó con el estrépito. La pura verdad es que se llevó un susto tremendo y estuvo a punto de largarse para no volver; pero también es verdad que su justo sobrecogimiento duró poco, y que en vista de que la calma y el silencio se restablecían, se apercibió para volver a la carga.

Ahora había dispuesto comerse sus chorizos ahí mismo, puesto que para llevárselos a casa hubiera tenido que cargar también con el cacaste, operación que no le interesaba en lo mínimo. Eso, sin contar con que lo más probable era que lo despojaran de su botín al no más llegar.

Pero estaba de Dios que aquel día, como de costumbre, se quedaría sin almorzar; porque a la sazón regresaba el indio corriendo a

todo correr, que no era mucho en verdad, por impedírsele la necesidad en que estaba de venirse amarrando los pantalones. En lo que no hallaba tropiezos era en emitir gritos destemplados y proferir indecencias contra Nerón, mentándole a la madre y diciéndole palabrotas que me figuro estarían acordes con la diligencia que venía de evacuar.

En vista del mal cariz que tomaba el negocio, se vio el héroe forzado a retirarse hasta donde no lo alcanzaran armas arrojadas. Ahí se paró en seco e hizo cara al enemigo. ¡Ya vería el deslenguado cómo ladraba él!

Pero tampoco entonces ladró. Porque entonces, precisamente, al ir a empezar, se dio cuenta de que en la boca llevaba sabor a chorizo. Y echar a perder aquella delicia por ladrido de más o de menos hubiera sido un loco despilfarro.

Y como las patas ya se negaban a sostenerlo, no diré que se echó, sino más bien que se desplomó derrengado, no sin antes meterse una buena rascada de tierra para cuando le volviera el alma al cuerpo.

Capítulo X

Donde se verá cómo una siesta de camino real puede venir aparar en el sahumero de una casa.

Si malo es descuidar los personales haberes por andar a vueltas con maniobras inconfesables, según se desprende de lo relatado en el capítulo anterior, ¿cómo no lo será echarse a dormir cuando se debe estar más despierto que Argos?

Quien tuviere dudas sobre tan gran verdad, acabará con ellas leyendo en este lo acontecido con otro pipil en una época no bien determinada todavía.

Iba el mencionado nuevo personaje carretera abajo, llevando pendiente de la derecha mano un costal que casi tocaba el suelo con el fondo, en el cual se encerraba cierto misterioso objeto al parecer poco pesado y de contornos vagamente esféricos.

La clausura del saco se mantenía, más o menos a mitad de su alto y por encima del bulto, gracias a un cordel que daba varias vueltas bien apretadas.

No lejos de la puerta de trancas de Toribio, descubrió nuestro hombre un trozo de raquítrico césped a la sombra muy relativa de unos arbustos y decidió descansar un rato.

Sentándose a la turca junto a su envoltorio, no le pareció cómoda la postura y se acostó de cuerpo entero. Entonces se echó el sombrero sobre la cara, sea para no quebrar el ala, sea porque le molestara la luz. Y acabó por cerrar los ojos, sencillamente porque no había razón para mantenerlos abiertos.

He de aclarar que todos estos accidentes no se deben aceptar como hechos inconclusos. Son, apenas, detalles conjeturados por mí en una concatenación bastante lógica, que muy bien pudieron ser los culpables de que, en término de pocos minutos, el indio se quedara tan dormido, que de no ser por la diferencia de sexo, se le hubiera tomado por la Bella Durmiente.

Así lo pilló Nerón por una mera casualidad.

Nerón tiene una ojeriza tremenda por los hombres dormidos en el suelo. Y todo, dicho sea de paso, por culpa de Toribio, quien en cierta ocasión que le quería dar una tunda, se fingió dormido para atraparlo sin tener que correr tras él.

Es fatal, pues, que ladre a todo trapo siempre que da con un hombre dormido en el suelo. Eso sí: no se olvida de situarse a respetable distancia, porque sabe que, al despertar, el interpelado tira piedras.

En el presente caso tenía doble motivo para ladrar como un demonio, puesto que era preciso que el hombre se alejara de aquel bulto que tenía al lado, para llegarse él a examinarlo a su sabor.

Mas no digo las voces del héroe: las trompetas de Jericó habrían sido impotentes para despertar a aquel que más tenía de lirón que de persona humana.

Visto lo cual, y no sin mucho meditarlo, se aventuró el chucho a jugarse el todo por el todo y se fue acercando sin ruido, pasito a pasito y apercebido para una retirada relámpago al menor indicio sospechoso.

Nada ocurrió, sin embargo, y finalmente llegó a olfatear de cerca el enigmático lío.

No supo a ciencia cierta qué era lo que ahí se ocultaba; mas con saber que era cosa de provecho, era suficiente. Y sobre este particular, de suyo interesante, no le cupo la menor duda.

Y actuó sin demora con todo el tino y toda la prudencia que eran en él proverbiales. Abrir el saco en el propio lugar, en la peligrosa cercanía del desconocido, no había ni que pensarlo. Tenía que llevarlo a casa. Verdad es que se exponía a que se lo incautaran tan pronto como lo vieran llegar. Con todo, esto era preferible a cualquier eventualidad en la carretera.

Echó los dientes a la boca del saco e inició el arrastre hacia la puerta de trancas, viendo con satisfacción que el bulto solo oponía una leve resistencia, acaso por guarda las formas.

Lo Único que le contrariaba era la necesidad en que se veía de avanzar retrocediendo, y eso de andar a reculones nunca había sido de su agrado; pero no hubo medio de evitarlo.

En un tiempo tan corto que le pareció cosa de maravilla, llegó a la famosa puerta y la franqueó, naturalmente, en la misma obligada forma retrógrada, razón por la cual no pudo ver a los dos cipotes que andaban por ahí ocupados en sus diabluras habituales; pero oyó el grito de uno de ellos:

—¡Tata, el chucho se ha traydo un costal!

Y luego la voz del indio desde adentro del rancho:

—¿Un qué?

—¡Un costal! ¡Venga a ver!

¡Lo que él tanto había temido! Inmediatamente abandonó la partida y soltó el botín. ¿De qué le hubiera servido oponerse?

Pero no se retiró. Moviendo hipócritamente la cola esperó a su amo, que no tardó mucho en llegar. Tomó el costal de manos de los chicos. Lo tanteó al peso. Lo palpó por todos lados. Miró al chucho de soslayo. Miró a los cipotes. Miró, suspicaz a la carretera. Estaba visiblemente perplejo.

—¿Qué demonio será esto?

Estuvo tentado de desentrañar el misterio sin más ni más; pero considerando que se exponía a ser sorprendido por el dueño, que podía presentarse de un momento a otro, dispuso mejor ir a practicar la operación dentro del rancho.

Sus dos retoños lo siguieron de cerca y allá se les agregó la Remigia, todos ellos presas de ansiosa curiosidad.

Y el Chucho también se les hubiera unido, si no fuera que, ya casi llegando a la puerta, oyó un coro de voces asustadas que lo hicieron parar en seco. Casi al mismo tiempo oyó el rodar del taburete por el suelo y el tropel de toda la gente que corría buscando la puerta.

Sin esperar más corrió el chucho a situarse junto a la salida de emergencia que tenía practicada en el cerco de piña. Desde ahí Pudo ver cómo salían todos en grupo atropellándose en la puerta y espantando a manotadas unos puntos volantes que los venían siguiendo.

Poniéndose a salvo lejos de la casa, no había uno que no se sobara alguna picadura; los cipotes chillando y derramando lágrimas, la Remigia lamentándose de que se le iban a quemar los frijoles y Toribio bailando en un pie de pura rabia y bramando como un poseído:

—¡Chucho condenado! ¡Dejá que te coja!

Con semejante advertencia no le quedaba al héroe otra cosa que hacer, sino cruzar el portillo y poner tierra de por medio.

Más de veinticuatro horas demoró su regreso, pero si como fue un día hubiera sido un año, creo que no hubiera evitado la zurra, porque el lance no paró ahí.

Ello es que los belicosos insectos no daban trazas de desocupar el rancho, de cuyo interior se escapaba un temerosos zumbido por instantes disminuía o aumentaba de intensidad, sin parar un segundo. Horas y horas esperaron los dueños bajo el amate dando quites o manotazos al aire de vez en vez.

Por fin, perdidas las esperanzas de que los animalitos se fueran motu proprio, Toribio tuvo la inspiración de ahuyentarlos mediante un sahumero de boñiga seca y cáscaras de naranja. Desde afuera empujó con un palo la teja humeante hasta el centro de la habitación, no sin conseguir tres o cuatro chuzazos más que acabaron ponerlo fuera de sí.

Ante los gases asfixiantes, el enemigo desalojó el interior, pero se quedó zumbando alrededor del rancho todo el resto de la hasta que obscureció.

Entonces pudo entrar la gente.

Todo el rancho apestaba con un tufo que no acababa de decidir se entre el cuerno quemado y el cuero recién curtido.

Y, para colmo y remate, la cena se redujo a tortilla con sal, porque los frijoles estaban hechos carbón en el fondo de la olla, y el panal solo contenía larvas.

Así, pues, todo un cúmulo de circunstancias desfavorables se confabularon para conseguir que el chucho sufriera al día siguiente una zurra que se cuenta entre las más famosas que en toda su vida recibiera.

Capítulo XI

Donde la credulidad del prudente lector se verá sometida a durísima prueba.

Temo que, por lo expuesto en los capítulos anteriores, el lector no se haya formado un concepto preciso del valor personal de Nerón. Hora es ya, pues, de que relate una aventura inaudita, que quitará las últimas dudas a quien las tuviere. Me refiero a la lucha con el oso.

Así, como suena, Nerón ha tenido oportunidad de medir sus fuerzas con un oso. Y su triunfo no pudo haber sido más completo, como va a juzgarse.

Cierta noche, ya a una hora muy avanzada, el apacible sueño del héroe se vio interrumpido por rumores imprecisos, inexplicables, delatores de que en las inmediaciones, por el lado del cafetal, algo insólito estaba acaeciendo.

Cualquier chucho incauto hubiera empezado a ladrar, y puede que hasta se hubiera aventurado en dudosas andanzas por el cafetal, atraído por una curiosidad malsana. Nerón no. Nerón es un perro prudente, que no gusta de confiar nada al acaso. De manera que se estuvo quedo, sin moverse un ápice (aun cuando los ruidos no duraron mucho) hasta que la claridad del alba permitió ver los objetos distintamente. Entonces, y solo entonces, inició las indagaciones.

A paso de lobo avanzó bajo los ramajes húmedos de rocío y atravesó el cafetal hasta salir al claro por el lado opuesto. Allí comenzaba, para terminar en el río, una ladera casi desprovista de vegetación y sembrada de grandes piedras acá y allá. Inquirió con la vista a uno y otro lado. Buscó inútilmente por los suelos alguna huella sospechosa, y ya estaba para volverse dando por terminadas las diligencias, cuando de pronto descubrió a unos cincuenta pasos hacia al norte, nada menos que a un gigantesco oso pardo. Su primer impulso fue poner pies en polvorosa. Impulso irreflexivo, que no es de tomarse en cuenta, por cuanto que muy pronto fue reprimido.

Nerón es perro de decisiones rápidas. En un segundo pesó el pro y el contra de su temeridad y se pronunció por el ataque. Un ataque de sorpresa, súbito, aplastante, arrollador.

Se agazapó cuanto pudo. Casi arrastrando la barriga, al abrigo de las piedras, de los matorrales, de las desigualdades del terreno, se fue acercando a su víctima, lenta pero seguramente.

Así llegó a una conveniente distancia. El plantígrado estaba indeciso, como vacilante sobre el camino que debía seguir. Nerón tomó impulso y dio un salto tremendo.

La lucha fue corta y silenciosa. Ambos combatientes rodaron ladera abajo, hechos un nudo; pero Nerón había calculado bien el ataque y tenía a su enemigo sujeto por el cogote. Sus mandíbulas apretaban como tenazas de acero, sin aflojar un segundo, no obstante los encontronazos y volteretas de la caída. Percibía claramente la respiración jadeante y angustiosa de su presa. Sintió, o creyó sentir, el crujido de las vértebras desmenuzadas...

Al caer al fondo de la cañada, aquella palpitante masa de músculos en contienda se detuvo. Nerón apretó aún más las mandíbulas. Imprimió furiosas sacudidas al cuerpo inanimado de la fiera que

permaneció tumbada, rígida, sin dar señales de vida. Por si acaso, le propinó otras feroces dentelladas en diferentes partes del cuerpo, la olfateó por todos lados, dio unos ladridos que fueron una clarinada de triunfo, y se sentó para verla.

La boca entreabierta del oso dejaba ver una lengua rojiza, unos dientes blancos como de porcelana. Los ojos abiertos eran vidriosos, inexpresivos. Estaba completamente muerto.

El vencedor, en un supremo y despreciativo alarde, le volvió el trasero, rascó tierra y se alejó ladera arriba. En lo alto, se detuvo para contemplar una vez más el teatro de su hazaña, tembloroso de emoción y de agotamiento.

Se veía triunfador, y no lo creía.

Y el lector tampoco lo querrá creer. ¿Cómo explicar —se estará preguntando— la presencia de un oso en el predio de Toribio?

Yo no sé qué decir, francamente. Tal vez se tratara de una fiera escapada de alguna banda de gitanos que andaría por la comarca. Aunque más me inclino a creer que el hecho tenga alguna relación con los rumores que corrieron en el pueblo por aquella época. Se decía de unos ladrones que asaltaron varias casas, sustrayendo gran número de objetos. Seguramente, en su prisa por escapar de una de tantas, y gracias a la oscuridad en que estarían operando, se robaron el oso sin saber lo que era. Luego, se irían a la finca de Toribio para el reparto del botín. Y advirtiendo que el animal no podría servirles más que de estorbo, resolvieron abandonarlo.

Sí. Así fue decididamente. Allí lo encontró Nerón. Allí lo venció en descomunal batalla, y allí lo dejó pudriéndose, abierta en canal la barriga de felpa y derramadas por tierra las entrañas de aserrín...

Capítulo XII

De cómo el sin par Nerón estuvo a punto de liarse a mordidas con un adversario que más parecía un alma del otro mundo, que no persona real y tangible.

Queda, pues, plenamente establecido y comprobado que Nerón no le teme ni al mismísimo demonio.

Y sin embargo...

Hasta el sol, con ser el sol, tiene sus manchas, según dicen los que bien lo saben.

Primitivamente, Nerón visitaba con frecuencia los predios colindantes por el lado sur, calle de por medio, con el de Toribio. Y hasta la siesta solía echar en ellos, de cuando en vez.

Pero desde que se encontró con «la cosa», toda la vasta región que quedaba al sur de la carretera, se convirtió para él en terreno vedado, y antes de aventurarse por allí, hubiera consentido en que lo desollaran vivo.

Ello fue que, en uno de sus paseos, al desembocar en un claro recién labrado, fue a dar de manos a boca con el adefesio más estrafalario que en toda su perra vida había visto.

Figúrense ustedes, si pueden, en medio de aquel cuadrilátero de tierra negra, una pértiga vertical de dos varas de largo. Un poco abajo

del extremo superior, otra más corta, amarrada en sentido horizontal por su parte media, sosteniendo una camisa desgarrada con las mangas en cruz. Pendientes, hacia la parte inferior, unos pantalones más viejos, si cabe, que la camisa; y para remate, hacia arriba, un envoltorio de estopa cubierto con un sombrero de palma contemporáneo del Indio Aquino. El conjunto formaba un ente fantástico y horripilante como suspendido en el aire, capaz de ponerle los pelos de punta a Cancerbero en persona.

Nerón, para no ser menos que el infernal portero, se quedó de una pieza, mas pasada la primera impresión, empezó a retirarse andando para atrás, sin quitar el ojo al fantasma. A cubierto entre la maleza, se detuvo. Empezó a recorrer el perímetro del cuadrilátero, ocultándose siempre, para examinar aquello desde todos los puntos de vista. Cerrado el circuito, y en vista de la inmovilidad del enemigo, cobró un poco de serenidad y se atrevió a lanzar un ladrido un sí es no es temeroso. La «cosa» permaneció impasible. Ladró otra vez, un poquitín más fuerte, con el mismo resultado.

Entonces salió muy despacito al claro y empezó a avanzar con infinitas precauciones. Llegó hasta la mitad del camino y resolvió hacer un alto. Puso en tierra el cuarto trasero y ensayó un olfateo a larga distancia, del cual nada sacó en limpio. El armatoste estaba allí, inmóvil, misterioso, hermético. Nerón se sentía cohibido, medroso. Después de madura reflexión, juzgó conveniente retirarse y, en efecto, se fue alejando, pero sin dar la espalda a la pandorga.

Sin embargo, esta solución no le satisfacía. Estaba descontento de sí mismo. Y ya en el límite del claro, volvió a enfrentarse con lo desconocido, esta vez ladrando desaforadamente y avanzando a pequeños saltos. Llegó así hasta donde antes había llegado e hizo un nuevo alto; pero solo por un momento. El avance triunfal comenzó de

nuevo, y los ladridos menudearon que fue un gusto. Seguramente hubiera terminado por llegar hasta el fantasma, y lo hubiera hecho polvo, como dos y dos son cuatro; pero quiso el diablo que un intempestivo soplo de brisa animara un segundo aquellos trapos, haciendo levantar ambas piernas a la vez a los sucios pantalones.

¡Y aquí fue el acabóse! Nerón se dio a una vergonzosa fuga. Corría a ciegas, despavorido, dejando tiras de pellejo en las espigas, y no se detuvo hasta llegar al rancho. Allí comenzó a aullar de un modo feroz, con el espanto pintado en los ojos.

Los cipotes, oyéndolo, quedaron boquiabiertos. La Remigia salió a la puerta del rancho palmeando una tortilla, a indagar la causa de aquel destemplado clamor, y no viendo nada, se volvió a su oficio con este solo comentario:

—El chucho se ha vuelto loco...

Desde aquel día memorable, Nerón, siempre que ve correr a una persona de dos o cuatro patas, guiña picarescamente un ojo, y dice para su capote, con maligno regocijo:

—¡Este acaba de encontrar «la cosa»!

Capítulo XIII

Donde raya en lo épico el desprecio del héroe por un enemigo indigno de sus altos merecimientos.

Allá, lejos, por el lado del pueblo, se comenzó a oír un gran concierto de ladridos. Nerón, que se disponía a descabezar un sueño, paró la oreja y se puso a escuchar cómo el rumor se acercaba. Poco a poco fue distinguiendo las voces de muchos perros, graves las unas, las otras agudas, todas enfurecidas. Entre ellas se destacaba con toda claridad un chillido agudo, áspero, estridente, algo así como el alarido de un prima donna acatarrada, amplificado por un magnavoz de los malos.

Nerón sintió picada su curiosidad. Y en el supuesto de que después le sobraría tiempo para dormir, salió a la carrera para, ante todo, conocer la causa de aquella molotera.

No tardó mucho en ver aparecer a lo lejos una veintena de perros de todos tamaños, pelajes y cataduras, que se habían aliado para fastidiar a un marrano. Pura gana de jorobar, pues no está demostrado, ni mucho menos, que el escandaloso animal les hubiera hecho nada malo.

Con todo, allá venía a todo correr, acosado por sus gratuitos perseguidores, defendiéndose como Dios le daba a entender, a

dentelladas y trompazos, sin dejar por ello un momento de protestar a grito pelado por tan incalificable agresión. Por momentos, se veía algún perro dar una voltereta en el aire, impulsado a lo alto por la catapulta que le servía al marrano de cabeza; pero más tardaba en caer que en volver al ataque con mayores bríos.

Por una causa o por otra, Nerón no gustaba de intimar demasiado con los demás perros. Apenas si sus relaciones con ellos se reducían a olerles por debajo de la cola, y a dejarse oler cuando el caso era llegado; pero en la presente ocasión se sintió solidario con congéneres y, sin ponerse a considerar que el chancho no tenía la culpa de haber nacido tan feo, decidió sin más ni más tomar en el asunto una intervención que ingenuamente se imaginó sería decisiva: se prometió acogotar al marrano sin darle tiempo para defenderse, tal como otrora hiciera con el oso, con éxito tan feliz. Una vez inmovilizado el paquidermo, nada les costaría a sus perseguidores hacer con él lo que les viniera en gana.

Las intenciones no podían ser mejores, ¡qué duda cabe!, y los arrestos de Nerón para darles cima, nadie osará negarlos; pero hubo un pequeño inconveniente: que el tunco dispuso las cosas de otro modo. No se arredró al ver aquel nuevo enemigo que se le venía encima; antes bien, le salió al encuentro, le metió la catapulta por debajo de las costillas y lo lanzó dando vueltas de gato por los aires. No conforme con eso, ya reintegrado Nerón al duro suelo, le pasó por encima incrustándole las pezuñas en el pellejo. Después fueron los perros quienes, sin una miaja de agradecimiento por su desinteresado concurso, y más atentos a que el chancho no se les escapara que a cualquier otra cosa, se lo llevaron entre las patas y lo revolcaron en el polvo de lo lindo.

Cuando al fin pudo ponerse en pie, tenía todas las cavidades naturales llenas de tierra, y la que se le había metido en las narices le arrancaba unos estornudos que partían el alma.

A fuerza de estregones con las manos, se logró medio limpiar los ojos. Cuando los llegó a abrir, ni el marrano ni los perros aparecían por todo aquello, y si no fuera por la bulla que seguían armando, se les hubiera creído a mil leguas de distancia.

Total: que la desdichada aventura había resultado un fracaso irremediable. Un fracaso de los gordos.

Nerón estaba corrido y sentía la necesidad de hacer algo para disimularlo. No hallaba qué escoger entre rascar tierra, ladrar u orinarse en un poste de telégrafo.

Pensándolo despacio, optó por lo último. Y yo opino que estuvo en lo justo. Cualquiera otra cosa habría sido dar al cochino una importancia que estaba muy lejos de tener.

Capítulo XIV

De cómo por una fatalidad perdió el héroe una presa, apoco de haberla ganado en buena lid.

Aquella taltuza —una de las pocas que habían escapado a las perpetuas acechanzas de Toribio— constituía para Nerón una obsesión. Incontables eran los días que llevaba perdidos persiguiéndola. Al parecer, el maldito animal tenía pacto con el diablo, tal era la facilidad con que se le escapaba de las propias garras. Ya podría Nerón echar todas las maldiciones que quisiera, que todo eso de nada le servía. La taltuza se le escapaba invariablemente; pero no perdía las esperanzas. Algún día...

Y el día llegó al fin, porque en este mundo no hay plazo que no se venza. Por desgracia, el triunfo no fue de Nerón, ni para Nerón, como va a verse.

La gente del campo construye una trampa rudimentaria para cazar pequeños animales, consistente en lo que sigue: se fija en tierra, en sentido vertical, una pértiga larga y flexible, y se hace curvar hacia abajo el otro extremo, provisto de una cuerda con un nudo corredizo, manteniéndola en esta posición mediante un sencillo mecanismo que se suelta cuando la víctima tira del cebo; pero no se puede llegar al tal cebo, si no es metiendo la cabeza por el nudo corredizo, de donde

resulta que, al enderezarse la vara violentamente, el pobre animal se encuentra suspendido por el cuello, y no le queda otro camino que morir ahorcado, a menos que el cielo quiera hacer un milagro en su favor.

Ahorcada estaba nuestra taltuza cuando Nerón la encontró; cuando ni siquiera iba pensando en ella. Estaba suspendida de una cuerda a cierta altura, aunque no tanta que Nerón no la pudiera alcanzar fácilmente con solo pararse en dos patas.

Si bien el héroe lo comprendió así en seguida —porque es un chucho muy listo— no quiso recurrir a la violencia de primas a primeras. Seguro de su triunfo como estaba, es más de admirar la actitud ecuánime que asumió, al iniciar unas pláticas preliminares en forma de ladridos, que tenían por objeto persuadir al artefacto que le entregara su presa por las buenas.

El interpelado no dio muestras de enterarse de tales pretensiones. En vista del resultado nulo del trámite, y enemigo de perder el tiempo inútilmente, pasó el chucho inmediatamente a la vía de los hechos, y dando un pequeño salto, cogió con los dientes la taltuza. La trampa se inclinó sin resistir, pero no soltó prenda. Nerón dio varios tirones sucesivos. La trampa se inclinaba más o menos, amoldándose a la intensidad de la solicitud, pero nada más.

Nerón empezaba a impacientarse. Él no estaba ahí para discutir derechos más o menos dudosos, sino para hacer valer la ley del más fuerte. Y para que de ello no quedara la menor duda, reanudó los ladridos, no ya en los términos amistosos y benévolos de un principio, sino furiosamente, en tono conminatorio. Pues no. La testaruda trampa no se dejó intimidar. Antes bien, aprovechando la circunstancia de que el chucho había soltado la taltuza para poder

ladrar, se puso a oscilar con inequívocos propósitos de burla, haciendo danzar a la manzana de la discordia como si fuera un simple fante.

Nerón acabó por perder los últimos restos de paciencia. Se lanzó sobre la insolente máquina, volvió a hacer presa en el animalejo y se puso a tirar con más fuerza que nunca. Tanto y tan bien tiró, que consiguió reventar la cuerda y salió disparado hacia atrás, dando vueltas de gato.

Cargado con el botín hizo su entrada triunfal en el patio y se fue a echar de barriga, sujetándolo con las patas delanteras, dispuesto a darse el atracón famoso, sin perdonar una uña.

¡Vana ilusión! Los cipotes, que andaban jugando por allí, lo vieron y dieron la voz de alarma:

—¡Nana! ¡El chucho ha cogido una taltuza!

Salió la Remigia a todo correr:

—¡Quítensela, pue!

No se hicieron ellos repetir la orden, y armándose de palos, corrieron sobre el pobre Nerón. Quiso este huir, pero no pudo. Recibió buenos golpes y se vio despojado de un almuerzo que tantos sudores le costara conseguir.

La única utilidad que sacó del negocio fueron los desperdicios. Y aun estos, reducidos a su ínfima expresión: un fémur más desnudo que si lo acabaran de parir.

Capítulo XV

En el cual se puntualiza cómo un burro malandrín tuvo que arrostrar la violenta cólera del famoso Nerón.

A la puerta de trancas se llegó un indio que conducía por el ronzal un asno cargado. Dejólo afuera, sin tomarse el trabajo de amarrarlo, y con un rollo de piales colgando de un hombro, se dirigió al rancho para solicitar de la Remigia un poco de agua. Condescendió ella, trayéndole el precioso líquido en un huacal de morro que no se distinguía por su excesiva limpieza. Tomólo el indio, se inclinó a un lado para escupir, y sin respirar una sola vez, trasegó hasta la última gota.

Se limpió la boca con la manga y devolvió su huacal a la Remigia, enfrascándose ambos en una lánguida charla sobre motivos agrícolas, pecuarios y meteorológicos, cuya puntualización no hace al caso. A todas estas, Nerón no permanecía inactivo. Tan pronto como el forastero se detuvo a la puerta del rancho, ya se había acercado él para olfatearle con todo detenimiento las extremidades inferiores, desde los caites hasta las rodillas. No encontrando nada de alarmante por ese lado, se encaminó inmediatamente a la pacífica bestia que se entretenía ramoneando yerbajos polvorientos de los que crecían a la vera de la calle.

A primera vista, no parecía un burro sospechoso. Era un burro como cualquier otro, calmoso, fatigado, cubierto de sudor. Iba ensillado con aparejo, a ambos lados del cual pendían dos enormes zurronec calvoc a trechos. Si no hubiera sido más que eso, un momento después el animal habría continuado sin estropicio su camino, guiado por su dueño.

La desgracia consistió en que aquel pollino, tan inofensivo en apariencia, estuviera cometiendo el despropósito de llevar un chucho sujeto por medio de unas cuerdas sobre el aparejo, en el espacio que dejaban libre los zurronec. Era un flaco y miserable chucho, entre gris y amarillo, que no daba muestras de estar muy a sus anchas, y que por añadidura le estaba enseñando los dientes a Nerón, como si este fuera el culpable de que se estuviera viendo en tal guisa.

Pese a tan poco amistosa demostración del cautivo, no era héroe quien pudiera consentir sin protestas en semejante atropello. Y sin decir agua va, se abalanzó sobre el malvado burro con la sana intención de arrancarle media quijada de un mordisco. Solo que el directamente interesado no estuvo anuente, y se paró en dos patas para impedirlo.

El chucho del aparejo, creyendo que la cosa iba con él, hizo en su defensa personal lo único que estaba en sus posibilidades: orinarse en su cabalgadura y ladrar como un energúmeno.

Las embestidas del de abajo y los ladridos del de arriba espantaron al burro, que era muy burro, y puso pies en polvorosa. Entonces los zurronec, que iban vacíos, empezaron a golpearle los flancos, armando un estruendo de todos los diablos. Con la mitad habría tenido el muy zoquete para volverse loco, y como un loco tiraba coces al aire, sin interrumpir por eso la fuga.

Por supuesto que Nerón iba detrás, sintiéndose con ánimos de llegar al fin del mundo, si preciso fuera, en seguimiento del malandrín; pero no hubo necesidad de tanto, porque uno de los zurriones, al pasar cerca de un poste, se trabó en él. Las ligaduras que lo mantenían, lo mismo que la cincha, que no debían estar muy nuevas, se rompieron. Y los zurriones, el chucho y el aparejo, rodaron sucesivamente cada uno por su lado, quedando por consiguiente el asno en pelota, lo cual no fue óbice para que continuara su desenfrenada carrera, perdiéndose, a poco, entre una nube de polvo.

Llegado que hubo Nerón al teatro del desastre, no encontró más que el aparejo y los zurriones. El chucho había desaparecido como por encanto.

El dueño del pollino que venía como un huracán en pos de su bien perdido, encontró al chucho de Toribio ocupado en hacer un reconocimiento olfatorio de los inanimados despojos que yacían por el suelo. Sin detenerse, le propinó con el rollo de piales un golpe tremendo, que yo no sé cómo no le partió en dos la rabadilla, consiguiendo solo echarlo a rodar entre espantosos chillidos.

Es lo que pensaba el héroe mientras se lamía filosóficamente la parte contundida: «Quien se mete a redentor, acaba crucificado».

Irreverencia que se le puede perdonar en consideración a que no es más que un pobre animal.

Capítulo XVI

Que narra el desaparecimiento de un caite de Toribio y da la debida explicación del suceso.

Aquellos caites de Toribio, olorosos caites de cuero crudo, venerables por su antigüedad, eran el sueño dorado de Nerón.

Convengamos en que los tales adminículos no debían estar muy jugosos, dado el tiempo que tenían de vivir pegados a los pies de su dueño, que no parecía sino que habían nacido y crecido con él; pero todo, en este pícaro mundo, es relativo. Y para Nerón, que vivía de milagro, comerse un caite de aquellos hubiera sido el colmo de la felicidad.

¿Comerse un caite de aquellos? ¡En qué año, si el indio no se los quitaba ni para dormir! Todo lo más que podía hacer el chucho era acercarse a su amo por retaguardia, cuando lo pillaba descuidado, para olerle las rústicas sandalias. Eran unas olidas largas y profundas, a ojos entornados, que le llegaban al alma y mantenían vivas sus esperanzas.

Una vez compró Toribio en el pueblo un par de caites de llanta de automóvil. Serían los caites domingueros, según pensaba; pero el hombre propone y Dios dispone. Tuvieron que ser para todos los días.

Porque el domingo siguiente, cuando se calzó de estreno para ir al pueblo, no sé quién avisó a Nerón de aquel cambio de tan felices

auspicios para él. Acaso algún maravilloso instinto, tal vez alguna venturosa casualidad. Lo cierto es que no habría llegado el hombre a la Cuesta Lisa, cuando ya el animal salía del rancho llevando entre los dientes uno de los famosos caites. Los había encontrado colgados de una punta del «tapexco».

Y se lo fue a comer al potrero, para evitar que se repitiera la historia de la taltuza, que se la quitaron a palos antes de poderle dar un bocado.

El lunes muy de madrugada, cuando Toribio se quiso ir al trabajo, buscó a tientas sus caites viejos y no encontró más que uno. Pensando que el otro andaría descarriado por allí cerca, encendió una raja de ocote. Buscó como quien busca una aguja. Se metió a gatas debajo del tapexco. Hurgó por todos los rincones. Hizo que se levantaran la Remigia y los chicos. Se hicieron pedazos los cuatro buscando por todo el rancho y sus alrededores. Y convencido al fin el indio de la inutilidad de sus afanes, se tuvo que ir al trabajo con calzado de lujo, no sin echar ternos, los más redondos que pudo:

—¡Chingadas!... ¡Hijas de noventa p...!

Se refería a las ratas.

Nerón estuvo ausente del rancho por espacio de cuatro días. Claro que nadie se afectó por ello. Toribio se limitó a decir el martes por la tarde:

—¡A buen!, al chucho ya se lo robaron...

—De veras, pue —le contestó la Remigia.

Y nada más.

No. No se lo habían robado. No estaba Nerón para despertar la codicia de nadie. Si no volvía era porque se estaba comiendo su caite. Cuatro días de trabajo incesante le costó despacharlo. Cuatro días de ruegos, dentelladas y tirones para ablandarlo pedazo a pedazo,

milímetro a milímetro. Cuando hubo dado cima a su ímproba tarea, emprendió el regreso. Entró en el rancho el miércoles, ya anochecido, en momentos en que toda la familia estaba reunida alrededor de una cazuela de frijoles parados, cada comensal con sus dos, tres o cuatro tortillas, grandes como discos de fonógrafo. A todos, uno por uno, los fue a saludar moviendo furiosamente la cola y agachando las orejas para atrás. Y no se vaya a creer que esta afectuosidad era interesada, pues muy bien sabía que nadie lo iba a premiar con una viruta de tortilla. Era que en realidad tenía mucho gusto de volver a ver a su gente.

Después de cumplir con este sencillo precepto de urbanidad, se fue a echar a la puerta, no tardando en quedarse dormido con el hocico apoyado sobre las manos.

A Toribio, que era bastante bruto, no se le ocurrió relacionar la desaparición de su caite con la escapatoria de Nerón, cosa inaudita en un chucho de tan buenas costumbres. Para él, continuaban siendo las ratas las únicas culpables.

Y es probable que nunca hubiera sabido la verdad; pero Nerón, que tan sin malicia obraba, se delató varios días después al salir del rancho, sin percatarse de su amo, con el otro caite, condenado a la misma pena que su compañero.

Aquello fue un rayo de luz para el indio. Por poco no despanzurra al chucho de una patada; y ya en el suelo, lo majó a palos sin compasión.

Semanas y meses rodó por el patio el caite viudo, arrastrado de un lado para otro por el azar, hasta que un día desapareció. ¿Qué fin tuvo? No me ha sido posible averiguarlo. Puedo, eso sí, afirmar bajo juramento que Nerón no se lo comió. Después de la tunda que le

dieron por el otro, no se lo hubiera comido ni que se lo guisaran con trufas.

Capítulo XVII

En el cual se verá cómo anduvo Nerón metido metafóricamente en un lío de faldas.

Adivino que a estas alturas el lector se habrá preguntado muchas veces si no existiría el amor para el chucho.

¡Pues no había de existir! Nerón era un chucho completo. Lo que ocurre es que sus aventuras galantes —con todo y que las corrió famosas— eran opacadas por sus hazañas heroicas y caballerescas.

Y como son estas precisamente las que con mayor acierto dibujan los rasgos de su personalidad, a ellas me he dedicado hasta ahora por modo exclusivo, en la creencia de que referirme a futilidades sería perder el tiempo.

Pero ahora, habiéndolo meditado mucho, he cambiado de parecer. Estoy convencido de que, para pintar un carácter, son tan esenciales los rasgos débiles como los vigorosos, y que si omitiera ciertos visos psicológicos del chucho, dejaría inconcluso su retrato.

Voy, pues, a consignar uno de tantos, escogido al azar.

Un día como otro cualquiera, impulsado por su eterna monomanía, había salido en busca de algo con qué matar el hambre.

Y quiso el azar que viera venir en contrario rumbo un minúsculo perrillo que daba compasión de puro miserable y enclenque. Andaba

cruzando las patas y con la cabeza gacha. Había perdido el pelo en las regiones protuberantes, y a través de la piel exangüe se perfilaba íntegra la osamenta. Los omóplatos, con su juego alternado, parecían pedales de órgano. Un alfiler, cogiéndolo por los flancos, lo habría perforado de parte a parte.

Nerón, juzgando que era una impudicia intolerable aquello de andar por los caminos semejante facha, corrió como un tigre sobre el delincuente para zurrarle la badana.

Mas ¡oh sorpresa!, llegado que hubo a conveniente distancia, vio (digo mal), olfateó que aquel desvencijado chucho era una chuchita fascinadora.

Ya conocemos el natural sensible de Nerón. Antes los encantos de la feminidad sintió que las entrañas se le derretían; y saltando sobre todas las conveniencias, o sea sin preámbulo de ninguna especie, se le insinuó bailándole en derredor y moviendo la cola con frenesí.

Ella siguió su camino fingiendo no haberlo visto y limitándose a tomar la precaución elemental de meter la cola entre las patas para proteger su honor.

El galán cambió de táctica y ensayó otro recurso que tenía tanto de galantería como de íntimo contentamiento; y fue que se le adelantó unos pasos y se revolcó en el polvo.

El resultado fue nulo. Antes bien, como intentara ponerle las manos sobre el lomo, la muy desdeñosa le asestó por primera vez una mirada directa y, frunciendo el labio superior, le chasqueó los dientes.

Y continuó su marcha, un tanto arqueado el espinazo, erizados los pocos pelos que le quedaban.

¡Así son todas! En un principio se hacen las refractarias; pero ya desde entonces están ansiosas de rendirse con armas y bagajes. Nerón conocía el sistema, y sin reparar en desdenes, se fue tras ella echando

mano a cuanto recurso se le ocurría para quebrar su obstinada resistencia, sin obtener nada más que algún ladrido destemplado o alguna dentellada al aire, cada vez que la solicitud se hacía demasiado apremiante.

Después de caminar sobre la carretera unos cuantos centenares de metros, aquella Lucrecia en cuatro patas, siempre con su cortejante a la cola, torció a la derecha y tomó por una vereda que a poco andar se convirtió en un camino de cabras, el cual descendía serpenteando un buen espacio hasta dar con un río en el fondo. Lo vadeó y emprendió la subida por la vertiente opuesta más escarpada aún que la anterior.

Nerón, con un palmo de lengua afuera, se vio obligado a suspender el galanteo por haberse quedado francamente a la zaga; pero su decisión era más firme que nunca. Algún día tenía que acabar aquella cuesta...

Y así, al final de una subida para él tan larga que ya le extrañaba no verse entre nubes, uno tras otro llegaron a una pequeña meseta. Lo primero que se ofreció a la vista del chucho fue un cerco de piedras partido en dos mitades por el hueco de la puerta, a través de la cual enfilaron ambos.

Era un patio ni muy grande ni muy limpio, con patos que jugaban lodo en varios charcos y gallinas entregadas a su rascadera eterna. En el extremo opuesto a la entrada, aparecía una casa de tejas con un corredor frontero, donde se encontraba un grupo formado por dos mujeres y varios hombres. Ellos, abrazando las cumas o fumando sus tagarninas en un sabroso farniente; ellas, trajinando por la cocina, que ocupaba un ángulo del corredor.

Lucrecia se encaminó directamente a la casa. Nerón, cohibido por la presencia de los humanos, se detuvo pensando cómo haría para seguirla sin peligro.

Dijo uno de los hombres:

—¡Miren a la Sultana, ya consiguió enamorado!

Como respuesta estalló un coro de carcajadas.

Habló a su turno una mujer:

—¡Chucha sinvergüenza!

Y a la Sultana, que en ese momento llegaba al corredor, le cayó en la rabadilla un escobazo que le arrancó un chillido y la hizo correr buscando refugio en el interior de la casa.

La mujer continuaba:

—¡Si te han pegado el jiote, contá con que te mato!

Diagnóstico incorrecto. Ya se sabe que lo que Nerón tenía no era jiote, sino sarna. ¡Así hay gente ignorante!

Luego se oyeron más risas y más voces confundidas, sin que jamás se haya sabido a ciencia cierta lo que dijeron.

Nerón ya se preguntaba si no sería lo más prudente una retirada con honor.

Le vino a quitar las últimas dudas un leño que vio llegar sobre sí, describiendo una trayectoria parabólica y que le salpicó la cara de lodo al dar en un charco.

Sin esperar otro, el héroe emprendió la fuga entre cacareos de gallinas y *¡cua, cua!* de patos.

Mientras fue cosa de corre en lo plano, todo marchó a pedir de boca, pues ni siquiera lo tocaron las piedras que sentía lloverle alrededor; pero al llegar a la pendiente, ¿qué era lo menos que le podía ocurrir, sino perder el equilibrio?

De nada, pues, le sirvieron las cuatro patas en el descenso de aquella condenada ladera.

A todo lo largo de la caída lo acompañaron dando tumbos varios pedruscos que a él le parecieron cientos de rocas, sin alcanzar si se las

tiraban los de arriba o si él mismo, a puros encontronazos, las arrancaba de sus alvéolos.

Y es posible que el chucho, a la hora presente, todavía estuviera rodando cuesta abajo, si no fuera que al cabo dio en el fondo de la cañada, sobre la pedregosa margen del río.

Capítulo XVIII

En el cual se habla largo y tendido de un cierto sombrero de palma que ya apareció incidentalmente en otro lugar de esta ejemplar historia.

Sospechar que Nerón se robara un caite, se excusa, porque en fin de cuentas, un caite no es más que un pedazo de cuero crudo que, si mucho lo apuran, y con un poquito de buena voluntad por parte de la persona interesada, puede representar mal que bien el papel de comestible.

¡Pero un sombrero de palma!

¿Para qué había de querer Nerón un sombrero de palma?

Si Ud., lector, tiene un sombrero, y este sombrero se le pierde misteriosamente, por muy zonzo que Ud. sea no le va a echar la culpa al chucho, suponiendo que Ud. tenga también un chucho en casa.

Porque, dígase lo que se quiera, un chucho no es una urraca, y no se va a robar las cosas por el gusto de robárselas, a sabiendas de que no le van a servir para maldita la cosa.

Aceptar, pues, la posibilidad del hecho que contemplamos, es el mayor absurdo que se puede dar. Y quien tal absurdo crea, tiene que ser un zote de tomo y lomo. Sin apelación. Quiero hacerlo constar

rotundamente, para que se vea que Toribio, en el terreno de la estupidez, se perdía de vista.

Solo a él podía caberle en la sesera que Nerón fuera capaz de robarse un sombrero de palma. En nada tuvo lo extravagante de la suposición. Nada significó para él la limpidez de la mirada del chucho, que estaba evidenciando una tranquilidad de conciencia envidiable. Para su limitado intelecto, el autor de la fechoría era Nerón. ¡Le había hecho tantas!

Y actuando en consecuencia, le dio una zurra como las que acostumbraba por el motivo más baladí, y hasta ahí sin motivo apreciable.

El indio, pues, en esta ocasión, como en muchas otras, razonó con criterio becerril.

Y lo más raro...

¡Bueno! Aunque me cueste decirlo, lo más raro es que acertó. Y que si hubiera pensado rectamente, se hubiera equivocado de un modo lamentable.

¿Que cómo pudo ser eso? Lo voy a exponer en pocas palabras.

El famoso sombrero fue el mismo que trajo Toribio cierto día dentro de la cebadera. Vino allí el cuitado en apreturas, plegado y replegado sobre sí mismo como un abanico o como un filtro de papel. Su suerte lo hizo quedar al lado de la candela de sebo, famosa también por más de un motivo.

En los ajetreos de la marcha, vinieron ambos por todo el camino raspándose y estrujándose el uno contra la otra, por modo y manera que, cuando el indio lo sacó en el rancho para colgarlo de un clavo, estaba el sombrero despidiendo un olor a sebo, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

Esta circunstancia lo perdió. Según consta de autos, Nerón se metió la candela entre pecho y espalda; pero, cosa curiosa, el olorcillo no desapareció. Se hubiera dicho que el espíritu de la mechona habitaba el lugar donde la sorprendió la muerte.

Nerón estaba intrigado. Percibía el perfume distintamente, pero no veía ni rastros de candela. Y empeñado en no dejar el fenómeno sin explicación, emprendió subrepticias exploraciones que, después de algunos tanteos, lo llevaron como de la mano a dar con el sombrero.

¿Para qué decir más? Nerón lo descolgó incontinenti y se lo llevó al cafetal para regalarse con él. Solo que no pasó de las intenciones. Por más vueltas que le dio, sometiéndolo a un minucioso examen por una y otra parte, jamás pudo descubrir dónde ocultaba la parte masticable o engullible.

Ocioso es decir que apeló al recurso heroico de los ladridos, y al mucho más eficaz de los violentos rasguños. ¡Inútil empeño! El sombrero se encastilló en una resistencia pasiva de la cual no hubo medio de sacarlo.

En vista de su contumacia, Nerón, colérico y despechado, lo acometió a diente y uña, dejándolo en un estado tan desastroso, que no lo hubiera reconocido su propia madre.

Después de lo relatado, forzoso nos será convenir en que la tunda que recibió Nerón no anduvo del todo descaminada, y que la justicia logró cumplida satisfacción en la cabeza del héroe, merced a una estrambótica suspicacia de Toribio.

¡Ad augusta per angusta!

Capítulo XIX

Donde el discreto lector tendrá un ligero atisbo del pueblo; y otro, que no lo será tanto, de la Casa Consistorial.

Dos eran los mulos, grandes como dromedarios, que venían del pueblo uno tras otro. En el primero, ensillado con albarda de cuero crudo tal como las que se estilan por estos trigos, cabalgaba un hombre vestido de dril a rayas. Era mofletudo y barrigudo como un cochino —dicho sea con mil perdones— y peludo como un oso. Un poco más tarde, al ser desmontado en la forma que luego diré, pudo verse que si acaso pasaba de las seis cuartas era por una diferencia insignificante. A la legua se adivinaba en él al comerciante pueblerino acomodado, y si hemos de colegir por la placidez de la fracción de rostro que las barbas no escondían, y porque el aparejo del macho zaguero viniera vacío, supondremos regresaba de algún provechoso viaje profesional.

Este segundo macho venía meditabundo, tan atrás como se lo permitía la longitud del ronzal sólidamente amarrado al asidero posterior de la albarda del otro.

La marcha de la breve recua era indolente y despreocupada como conviene a quien, habiendo llenado un deber cumplidamente, no tiene por el momento urgencia ni inquietud alguna.

Impresionado por la actitud beatífica del jinete, Nerón no lo quiso distraer de sus amables pensamientos y lo dejó pasar de largo; mas con el animal que venía después, ya fue otra cosa. Le saltó al paso hecho un basilisco ladrando a dientes pelados y tratando de arrancarle la jeta.

Ensimismado como iba el agredido, el susto que se llevó fue mayúsculo y dio un violento respingo. Y como la tracción del ronzal tendía a llevarlo a dar de hocicos con el temible agresor, resistió lo mejor que pudo hincando firmemente en tierra los cascos delanteros a la vez que flexionaba las patas de atrás como queriendo sentarse.

El otro animal, oyendo los ladridos y sintiendo la resistencia, tiró por su lado con todas sus fuerzas, resultando del esfuerzo combinado de ambos, que se rompió la cincha de la albarda, la cual se escurrió por las ancas con todo y jinete por de contado, hasta dar un gran batacazo en el suelo que, si no cogió debajo al chucho, fue por puro milagro.

El hombrecillo rodó por el suelo como un fardo al escapársele la albarda de entre las piernas. Y muy a tiempo que lo hizo, porque el medroso mulo zaguero, espantado por el ruido que el cuero crudo hacía sobre los guijos, había emprendido el camino de regreso, arrastrando la albarda a una velocidad tal, que un venablo hubiera sido una triste comparación.

Y no solo él corría, pues su congénere, aun sin saber a punto fijo de qué se trataba, habría dejado de ser lo que era, si no hubiera escapado a galope tendido en dirección opuesta. De modo y manera que cuando el hombre de dril rayado consiguió ponerse de pie y quitarse la tierra de los ojos, vio con espanto que estaba solo en mitad del camino. Es decir, solo no, que ahí estaba Nerón también, observando complacido los efectos de su proeza.

Y lo mismo fue verlo que trocar su azoramiento en ira feroz. Se agachó a coger una piedra que a mano había —ante cuya amenaza el chucho intentó ir a buscar refugio al rancho— y se la arrojó con tan buena puntería que le dio en el espinazo, haciéndolo rodar entre aullidos.

No satisfecho todavía el belicoso hombrecillo, quiso continuar adentro la persecución, mas en la tarea de descorrer las trancas de la puerta lo sorprendió Toribio, que venía a ver qué pasaba.

—¡Mire, amigo —dijo al indio casi sin aliento— lo que me hizo el chucho!

—¿Y qué jué, pue? —inquirió el interpelado.

—Que me espantó las bestias y se me han ido.

Y le rogó le ayudara a darles caza. Porque, como bien dijo, él no podía hacerse dos.

Toribio le respondió rotundamente que no. Que él estaba muy ocupado y que no tenía tiempo.

Trató entonces de obligarlo por intimidación, diciéndole que él era el responsable por lo que hiciera su chucho, y que tendría que reconocerle las pérdidas.

A lo que el indio respondió con admirable frescura:

—¡Chis! ¿Y yo por qué? Ese chucho nues miyo. ¡Saber de quién será! Yo ni tan siquiera lo conozco...

A todas estas, el perdidoso no había cesado de lamentarse escupiendo lodo, derramando lágrimas de lodo y haciendo como que se arrancaba las barbas.

—Que se pierdan las bestias no me importa —berreó—, pero en la albarda se me fue el revólver y se me fue el pisto...

Oyendo tales novedades, el bueno de Toribio sintió que le nacía en el corazón un súbito e irrefenable deseo de ayudar al prójimo en

desgracia.

—No yore, pue, que ya se los voy a buscar —dijo—. ¿Parónde cogió el de la albarda?

—Se regresó pal pueblo...

—Aguárdese tantito que ya se lo traigo.

Con gran cuidado fue buscando en todo el trayecto, no fuera a ser que estuviera por ahí abandonado el revólver o algún atadijo con billetes de banco.

Empero, llegó al pueblo sin haber encontrado nada.

Desde en los arrabales supo, gracias a las personas a quienes preguntó, que el mulo había sido capturado y que lo tenían en el Cabildo.

En efecto, amarrado a un poste en la plaza pública, frente a la Casa Consistorial, aparecía el fugitivo como si nada le hubiese pasado, comiendo grama tranquilamente y espantándose las moscas con el rabo.

En la Sala del Concejo, fuera de la famosa albarda que se aburría debajo de una mesa, no había alma viviente y Toribio tuvo que penetrar hasta el patio para encontrar al señor Secretario bajo un corredor de tejas, adormitado en una hamaca de pita, con un puro apagado entre los dientes y el machete cruzado sobre las ingles.

Hizo el debido reclamo a nombre del dueño del animal, amigo suyo que lo estaba esperando en el rancho.

Por desgracia, no supo decir cómo se llamaba su amigo. Además, la Corporación Municipal sabía quién era el propietario del mulo; y a mayor abundamiento, es posible que también supiera quién era Toribio. Total, que este recibió un NO más redondo que una bola de billar. El macho sería entregado a su propio dueño cuando se presentara a reclamarlo.

El indio soltó mentalmente una mala palabra y salió sin despedirse. Iba como agua para chocolate, mascullando indecencias contra el Secretario Municipal y contra el hombre a rayas... con el cual se encontró a cierta distancia del pueblo. Venía montado en pelo en el otro mulo, y al ver que Toribio regresaba solo, la emprendió de nuevo a tirones con las barbas y a lamentarse a grandes voces.

El indio, en vez de darle una paliza como hubiera sido su deseo, le dio el informe consolador:

—Aistén la Alcaldiya. A mí no me lo quisieron dar.

Y siguió de largo acelerando el paso.

Usted, lector, ya habrá adivinado cómo terminó la aventura para Nerón.

Pues bien, sí. Eso mismo que usted está pensando, eso es lo que sobrevino; mas no debe engreírse por su agudeza. Yo también lo supe sin que nadie me lo dijera.

Cuando el final es obligado, ¿qué mérito hay en acertar?

Capítulo XX

Donde se da cuenta de una aventura estupenda que salió costando a Nerón un ojo de la cara.

Un domingo, entre las dos y las tres de la tarde, fue Nerón hasta la consabida Cuesta Lisa, acompañando a la familia entera que iba al pueblo. No eran raras estas escapatorias de toda la gente, quedando entonces el chucho como único guardián de la vivienda.

Que esto era una grave imprudencia, quedó demostrado plenamente por lo que acaeció el domingo en cuestión. Y fue que el chucho, al regresar, se encontró con tres gandules, el mayor de los cuales no llegaría a los veinte años, formando grupo a la puerta de trancas. Desconfiando por experiencia de los hombres, se quiso hacer el sueco y entrar sin saludarles; pero ellos lo vieron y lo llamaron con afectuosas entonaciones en la voz. Uno se le fue acercando lagotero, chasquenado los dedos, hasta llegar a darle amistosas palmaditas en el lomo. Otro le obsequió con un pedazo de pan que hubiera sacado chispas de un pedernal.

Aquello de que lo halagaran con dádivas y caricias, era para Nerón de una novedad despampanante. Él, que había comenzado por agazaparse lleno de temor, ahora estaba saltando como si fuera de

hule, radiante de felicidad, no sabiendo a cuál de los tres había que poner primero las patas en la barriga.

Cuando todos estaban a partir un piñón, uno de los desconocidos quedó de vigía en la calle y los otros se encaminaron al rancho. Con un cuchillo falsearon la cerradura de pita de mezcal, abrieron el tapexco que hacía de puerta y penetraron sin más ni más. Previo de un rápido reconocimiento del terreno, se fueron con derechura al cofre de Toribio, hicieron saltar la tapa sin mayor esfuerzo, y empezaron a revolver en el interior y a sacar trapos.

Nerón bailaba de contento. Se les metía entre las piernas. Intentaba lamerles las manos. Ponía las suyas en el borde del cofre y metía la cabeza para ver también él lo que había dentro. Aquel juego que consistía en sacar trapos del cofre y arrojarlos por el suelo, era la mar de divertido.

Tomó al azar unos pantalones de Toribio y los llevó al patio de arrastradas. Allí los sacudió para un lado y para otro entre gruñidos de satisfacción. Se asomó a la puerta del rancho y ladró insinuante para adentro en un lenguaje que, traducido al castellano, quería decir:

—¡Vénganse para afuera! ¡Aquí hay más espacio para jugar!

Pero a ellos les gustaba más el juego a la sombra, y ni siquiera se dignaron contestarle. Entonces se entretuvo en morder y arrastrar trapos, y en revolverse sobre ellos, gruñendo y ladrando blandamente.

Terminado su trabajo, los gañanes salieron dejándolo todo en el mayor desorden; y en compañía del que afuera esperaba, se alejaron carretera abajo, hablando y gesticulando.

Nerón, naturalmente, se fue detrás de aquellos buenos amigos que le habían caído como llovidos del cielo. Se habría dejado matar por ellos. No fue, pues, menudo su asombro, cuando vio que le repelían a pedrada limpia, para darse luego a una fuga vertiginosa.

Se quedó pasmado, sin acertar con el quid de tan raro proceder. Los siguió con la vista hasta que se perdieron en la distancia, y se volvió melancólicamente a casa, meditando sobre la inestabilidad de los afectos humanos. Probó a distraerse jugando con los pantalones de Toribio, pero no sintió ningún placer y lo dejó estar. Fue al rancho, lo anduvo oliendo todo, volvió al patio, se acostó suspirando y acabó por quedarse dormido.

Cuando, horas más tarde, volvió la familia, la mujer, que fue la primera en penetrar en la casa, se volvió atrás inmediatamente, llamando a gritos a Toribio:

—¡Vení ve! ¡Se han metido los ladrones!

Corrió el indio, despavorido.

—¿Y el pisto?

—¡Se lo yevaron!...

Los dos quedaron como petrificados un largo rato. Cuando les volvió el alma al cuerpo, buscaron febrilmente en el fondo del cofre. Revolvieron con los pies los trapos que estaban esparcidos por el suelo, con la yana esperanza de encontrar en alguna parte los dos colones sesenta centavos que guardaban envueltos en un pañuelo. Toribio dijo:

—¿Y entonces, este chucho, para qué sirve?

Y salió al patio en busca de Nerón.

La paliza que le propinó, no es para ser descrita. Cuando al fin se cansó de pegarle, el pobre animal estaba medio muerto y con un ojo saltado.

Capítulo XXI

Donde un eclesiástico aparece y desaparece como una exhalación.

La pérdida de aquel dinero era un justo castigo para Toribio que, al menos en parte, no lo había adquirido de modo muy limpio.

Claro que, de seguir un orden estrictamente cronológico, el lance que va a leerse debió quedar consignado antes que la incursión de los ladrones; pero yo no estoy escribiendo una biografía de Nerón, sino más bien un anecdotario, unos apuntes que más tarde pueden ser aprovechados por un historiador de más envergadura, y hago uso de mi pleno derecho al relatar los sucesos sin orden ni concierto, tal como se me viene a la memoria.

Sucedió, pues, que un día, viniendo Toribio por la carretera, se le pegó como una lapa un clérigo cincuentón y cenceño, meloso como él solo, que recorría en el caballito de San Francisco aquellos andurriales en piadosa colecta para la erección de una capilla, decía él, en Tierra Santa. Para las limosnas en especie, llevaba en bandolera una ya bien repleta bolsa de lona, que le colgaba a la altura de los riñones.

Por unos míseros centavos prometió al indio la salvación eterna para él y toda su familia, citando, en apoyo de su oferta, textos en latín

de una pastoral del obispo Viteri y Ungo, y de un breve del Papa Bonifacio VIII.

De todo aquel galimatías, solo una cosa sacó en limpio Toribio: que el curita estaba conspirando contra su caudal. Y hubiera dado gustoso su mano derecha con tal de verlo caer muerto a sus plantas. Solo que el otro en todo estaría pensando, menos en fallecer. Antes bien, continuaba espigando en las epístolas paulinas, y no daba trazas de acabar sin antes haber agotado la Biblia.

El indio, perdiendo la esperanza de escapar al atraco, se vio en el durísimo trance de invitar al pedigüeño a pasar por el rancho, pues no llevaba encima nada que poderle dar. Aceptó aquel por de contado, y allá se fueron ambos, rabiando y renegando el uno en su fuero interno, y dando coba el otro sin misericordia.

Llegado que hubieron, quedóse el ministro del Señor contemplando la naturaleza a la puerta de la casa. Y mientras Toribio andaba por las hornillas en misteriosos conciliábulos con la Remigia, Nerón se acercó al forastero sin ser notado, para el reconocimiento de rigor.

De la bolsa de lona se escapaba un pronunciado tufillo a longaniza, capaz de resucitar a un muerto. Nerón, que sabe que a la ocasión la pintan calva, con la prontitud de acción de que siempre ha dado muestras en las situaciones críticas, se colgó de la bolsa y tiró para abajo cuanto pudo. El bueno del Padre, que no estaba prevenido, perdió el equilibrio y cayó en el santo suelo cuan largo era. Sin alcanzar lo que aquello significaba, lleno de susto, trató de ponerse en pie, y aun llegó a realizar la mitad de su intento, quedando en cuatro patas.

Nerón interpretó la poco airosa postura como una invitación al retozo. —¿Pitanza y recreo?— pensó. —¡Miel sobre hojuelas!—.

Y dejándose llevar por su natural jacarero, hizo presa en los reverendos fondillos y tiró para sí con tantas ganas como si en ello le fuera la honra.

La sotana, que estaría esperando un pretexto decoroso para exhalar el último aliento, se dejó arrancar desde arriba hasta abajo una tira ancha de un palmo, desgarrando un bolsillo, con lo cual se derramó por el suelo regular número de monedas de níquel, y descubriendo secretos que más valiera quedaran ocultos por los siglos de los siglos; porque así llevaba pantalones el siervo de Dios, como yo soy malabarista chino.

El viento fresco que sintió soplarle por las posaderas, tuvo un feliz resultado, en el sentido de que lo hizo levantarse como impulsado por un resorte; y asiendo la bolsa para las correas, efectuó con ella un molinete tan violento, que si coge a Nerón lo deja muerto en el acto. Al mismo tiempo, con voz hueca de pánico, gritaba una y otra vez:

—¡Vade retro, Satanás!

El chucho, entonces, ladrando como él sabía hacerlo cuando estaba de ganas, cosa que ocurría regularmente un día sí y otro también, comenzó a girar en tomo, describiendo una circunferencia de radio suficientemente largo para que la temible bolsa no lo alcanzara.

Encuadrados en la puerta del rancho, Toribio y la Remigia contemplaban la tragedia, no tan apenados como quisieran aparentarlo. El socarrón del indio, encontrando providencial la intervención del chucho, que con tanta eficacia y oportunidad le estaba defendiendo los cuartos, no lo ahuyentó mientras no llegó a parecerle que su pasividad podía hacerse sospechosa.

Puesto en fuga el agresor, el agredido quedó sin una gota de sangre en las venas, tartamudeando cosas ininteligibles. Auxiliado por ambos cónyuges, recogió su dinero con la mayor celeridad, se plantó el

sombrero en la cabeza, y haciendo cruces con una mano, al par que con la otra se traslapaba los faldones que le habían quedado en la sotana, se largó con la música a otra parte, sin pensar en despedirse, ni en sacudirse el polvo, ni mucho menos en reclamar la limosna prometida.

Cuando lo perdieron de vista, el indio mostró triunfalmente a la Remigia, en la palma de la mano, siete monedas de níquel de a cinco centavos y cuatro de a tres, hábilmente escamoteadas al santo varón: cuarenta y siete centavos que, sumados con lo que guardaba en el fondo del cofre, hacían exactamente los dos colones sesenta centavos que, andando el tiempo, habían de llevarse los hijos de Caco.

Capítulo XXII

En el cual se demuestra que una buena intención, y aun la mejor de todas, no vale un ardite si no va de la mano con la buena fortuna.

Convendrá el lector conmigo —y en ello estaremos totalmente de acuerdo con Nerón— en que el sapo es uno de los seres menos favorecidos por la Naturaleza en lo que respecta a dotes personales.

Su facha, su modo de andar, su canto, sus costumbres: todo él es como no se puede más, de torpe y desgarbado.

¿Ritmo y cadencia en el paso? ¿Melodía y dulzura en la voz? No se le hable a un sapo de semejantes cosas, porque no sabrá de qué se trata.

Según lo consignado un poco más arriba, tal era, asimismo, la opinión del chucho, quien sentía una invencible repulsión por el triste batracio. Cada vez que el azar lo ponía frente a uno de ellos, nadie me quita de la cabeza que habría escupido —caso de saber cómo hacerlo— en señal de un indecible desprecio.

Pero a falta de esa facultad que, según parece, es privativa de la especie humana, tenía él otra, mucho más humillante: orinar. Y se orinaba, indefectiblemente, sobre lo que había más a mano, antes de alejarse del abominable bicho.

Pues bien. A pesar de todo, y aunque parezca raro, muchas veces, acosado por el hambre, había pensado muy seriamente en las posibilidades de comerse un sapo. Todavía más. En repetidas ocasiones había salido del rancho, con el deliberado propósito de buscar uno con tal fin.

Casi siempre la búsqueda había sido infructuosa, como es costumbre que ocurra cuando buscamos algo que necesitamos con urgencia. Entonces daba gracias al cielo por su buena suerte y se volvía a casa, encantado. Y cuando había logrado dar con uno... pues ya es sabido en lo que tenía que parar todo el negocio: en una simple orinada.

Hay que hacer distingos, sin embargo. Porque una cosa es tener que matar al sapo, y otra muy diferente encontrarlo ya muerto.

Si le daban el trabajo hecho, ¿por qué no lo iba a aprovechar?

Es lo que pensó cierto día, ya bien entrada la tarde, al dar de manos a boca con un sapo rígido, vuelta hacia arriba la panza blanquecina y tumefacta, y abiertas en cruz las cuatro extremidades.

¡Ahí estaba su desayuno! ¡Adiós calambres de estómago, adiós necesidad! ¿Quién dijo miedo?

Y se apercibió para proceder incontinenti.

Pero un OTRO YO que vagamente conocía, le dijo que nones. Aquello no olía nada bien, y un violento rechazo que sintió en todo su ser lo obligó a retirarse asqueado.

No. Decididamente, los sapos no se habían hecho para él.

Ocurre a veces, que todo parece conjugarse contra nosotros, impidiéndonos realizar algún caro intento. Y cuando ya estamos por abandonar la partida, de pronto brilla una luz en nuestro cerebro. Las perspectivas cambian como de milagro en menos que canta un

gallo. Y lo que ya teníamos por derrota, se convierte en el mayor de los éxitos.

Pues eso, ni más ni menos, es lo que aconteció al chucho. Ya se encaminaba, desconsolado, hacia el tronco de un jocote que estaba por ahí cerca, cuando brilló repentinamente en su cerebro la consabida luz, haciéndolo detener el paso.

En efecto, al sapo se le podía sacar provecho en forma que no fuera la de ingerirlo. Verbigracia, regalándoselo a Toribio. El indio, sin la menor duda, se pondría contentísimo con el obsequio, y era casi seguro que le demostraría su gratitud obsequiándole, a su vez, una tortilla.

Y conste que, para ahorrar trabajo, la Remigia las hacía más grandes que la que lleva el Discóbolo para su almuerzo en la estatua famosa.

De solo pensarlo, al héroe se le hacía agua el hocico. Y como es bien sabido que, una vez tomada una determinación, no lo pensaba dos veces, haciendo de tripas corazón agarró al difunto entre los dientes por donde hubiera tenido la cintura y salió al trote largo con destino al rancho.

Llegó allá en un momento de felices augurios, vale decir, a la hora de la cena.

En el centro de la única habitación de la casa, a la dudosa claridad de una raja de ocote que a regañadientes hacía el papel de candela, estaba todo el mundo sentado a la turca en el suelo, formando círculo alrededor de un par de cazuelas, comiendo tortilla con chacalines y frijoles en bala.

Nerón entró triunfante. Puso su carga en tierra, a cierta distancia de los comilones para que pudieran verla bien todos, y se les quedó

mirando, insinuante, sonriéndoles con el rabo, como queriendo decirles:

—¡Miren lo que les traigo!

La Remigia fue la primera en enterarse.

—¡A buen! —dijo—. ¿Qué será lo que traydo el chucho?

Uno de los cipotes intentó levantarse para ir a ver; pero se lo impidió el autor de sus días poniéndole una mano sobre el muslo a la vez que tartamudeaba:

—¡Aguardá! Buir yo.

Y allá fue tembloroso de ansiedad. Según él, iba a tomar posesión de los tesoros de Alí Babá; que a tanto hubiera equivalido para su codicia lo que así, de momento, se imaginó que el chucho había encontrado en la carretera: un enorme rollo de billetes de banco envueltos en un pañuelo.

Cuando les vio el número a los billetes, creyó que se moría del berrinche.

Y por corta providencia dejó caer a todo pulmón una palabrota, la más nauseabunda, la más pestilente de su léxico.

Prevenido por la explosión, el chucho pensó salir a escape; mas el indio ya estaba tirando patadas. Con al primera lo hizo ahuecar a mayor rapidez que la que él se proponía, dando volteretas por el aire, hasta ir a dar de narices en el patio.

Inmediatamente después, salió el difunto por el mismo camino y en la misma forma.

Y como si ello fuera poco, aquel energúmeno se asomó a la puerta y, encarándose con las tinieblas, se dio a proferir denuestos, echando mano a Dios sabe qué lengua extranjera:

—¡Depergonsado! ¡Istúpiudo! ¡Decrasiado!...

Refinamiento tan inútil como estrepitoso, pues de los dos expulsados del rancho con tanta ignominia, solo uno permanecía en el lugar donde acertó a caer.

Y este... ¿habré de decirlo?, era aquel para quien ya no existían las voces terrenales.

Capítulo XXIII

En el cual el paciente lector se encontrará con una lagartija que ya conocía de antiguo por referencias.

Y sin embargo —se me dirá—, Nerón se comió cierta vez una lagartija.

Cierto. El hecho es desconcertante; pero siendo que se incluyó en el inventario que consta en el primer capítulo de estos notabilísimos apuntes, debe tenerse por auténtico, innegable e indiscutible.

Entonces —se me argüirá—, ¿a qué viene tanto espaviento por un miserable sapo extinto? Porque en lo tocante a su apetecibilidad, no debe de ser muy grande la diferencia entre un sapo y una lagartija.

Sí, sí. Estoy de acuerdo. Y de todo ello podrá parecer lógico deducir que el héroe es un ser inconstante y tornadizo.

Pero no hay tal. Esas son puras apariencias, dado que la lagartija se la comió muy a su pesar y obligado por las circunstancias. Y si en vez de lagartija hubiera sido sapo, sapo hubiera comido. Yo lo garantizo bajo mi palabra de honor.

En apoyo de mi aserto, que pudiera parecer aventurado, no necesito más sino puntualizar los hechos.

Helos aquí:

El día de autos oyó el chucho por el lado de la carretera una bulla asaz sospechosa, consistente en agudos cacareos, que a las claras traslucían alarma, acompañados de vez en vez por rápidos aletazos.

Por sabido se calla que él tenía que averiguar la causa del desorden. Y como nunca están de sobra las precauciones, pues a lo mejor se encuentra uno metido de lleno en aventura de cuidado, avanzó en la dirección que le indicaban los ruidos, procurando que no lo sintiera el aire.

Y así fue como pudo ver desde lejos dos gallinas ocupadas en picotear algo que debía ser de una extremada peligrosidad, pues cada picotazo era seguido de su correspondiente cacareo y de una retirada a distancia prudencial.

Nerón se sintió defraudado. ¿Qué cosa, que no fuera una necesidad, podía alborotar así a un par de gallinas deshonestas? Y no tanto por castigar su novelería, cuanto por vengar la incomodidad que le habían procurado al interrumpir su reposo, corrió hacia ellas decidido a desplumarlas.

Las culpables, aun cuando les dolía el alma por tener que abandonar a su presa, huyeron despavoridas cada una por su lado. No tuvieron que alejarse mucho, sin embargo, pues el chucho, a última hora, cambió de parecer y las dejó ir.

Entiendo que su necesidad de castigarlas no era demasiado apremiante, puesto que una simple curiosidad lo hizo desistir.

Así como así, él no perdía nada con ir a ver qué era lo que estaban comiendo las gallinas.

Nueva desilusión. El, que acaso sin confesárselo, acariciaba la esperanza de utilizar aquello en alguna forma, se encontró con que no era más que una lagartija, la cual, sobre no alcanzar el medio palmo de largo, ni siquiera daba señales de vida. Que mal puede darlas quien

tiene la cola en un hilo y está mostrando el amarillo y el chocolate de las vísceras abdominales a través de la piel del vientre desgarrada.

Eso era todo. Es decir, nada. Porque para comerse una lagartija, se necesita tener estómago de gallina.

Y ahora se le presentaba un inesperado problema: el de impedir que las gallinas se comieran la sabandija, como lógica consecuencia de no poderla utilizar él. No sabía el chucho por qué tenía que ser así: pero así tenía que ser.

Y se puso a ladrarles furiosamente, intimándoles la orden de que se largaran y dejaran de molestar.

Pero ellas, que al parecer sabían a qué atenerse, por largos tres cuartos de hora lo oyeron ladrar como quien oye llover. Se andaban por acá y por allá, rascando y picoteando con el aire más inocente del mundo y haciendo como que ya no se acordaban de nada. Pero no se iban.

Nerón acabó por echarse de barriga apoyando el morro sobre las patas delanteras, tanto para cobrar alientos, cuanto por trazarse una línea de conducta.

Por mucho que disimularan los testarudos bípedos, era para él evidente que no le quitaban ojo, y que tan pronto como él se retirara, se precipitarían sobre su presa, así tuvieran que esperar para ello cien años.

Lo reafirmó en esta certidumbre el incidente de un forastero que pasó por el lugar varias horas después, sin que en todo ese tiempo hubiese ocurrido cambio visible en la situación.

Era el tal un chucho negro no más grande que el héroe, aunque sí un poco mejor de carnes, el cual se venía pisando la lengua en una rápida marcha.

Nerón, poco dado a intimidades con advenedizos, tan luego como lo vio a lo lejos, tiempo le faltó para correr a ocultarse tras unos matorrales, no fuera a ser que viniera a ofrecerle su amistad.

Así, pues, el otro no lo pudo ver; pero vio la lagartija, y hacia ella se encaminó sin vacilar. Se detuvo a corta distancia, la olfateó sin acercarse mucho las narices, tragó saliva e hizo algunos movimientos de saboreo.

Nerón tembló creyendo que ya se la comía; mas no hubo tal. Todo lo que hizo fue entreabrir la boca y, estirando las comisuras hacia atrás como en una risa silenciosa, volvió a echar la lengua afuera y reanudó la interrumpida marcha sin despedirse.

Pues bien; las endiabladas gallinas, que ya habían aprovechado el escabullimiento de Nerón para caer de nuevo automáticamente sobre su asquerosa alimaña; que la habían vuelto a abandonar por la intervención del forastero, ahora volvían a la carga más testarudas que nunca.

Era el acabóse de la desfachatez. El chucho estaba tan indignado, que le hervía la sangre, y si no las hizo polvo, fue por el único inconveniente de que no se dejaron pillar.

En fin de cuentas, ya no podía él abrigar dudas sobre la verdadera situación. Se encontraba en un callejón sin salida. O, mejor dicho, sí. Había una salida. Solo que esta era un dilema peliagudo, si los hay: o comían las gallinas, o comía él. No había vuelta de hoja.

Y, conociendo como conocemos el carácter del chucho, ya está dicho que comió él. Sin paladearla, casi sin masticarla, en un santiamén hizo invisible la lagartija.

Acto seguido, rascó tierra en la propia cara de las gallinas y se alejó.

Ya había caminado bastante cuando cayó en la cuenta de que llevaba en el estómago una placentera sensación de peso. Recordó que el saurio no había tenido ningún sabor desagradable. Más exactamente, no le había sabido a nada.

Y descontando la impresión de aspereza que produce al pasar por el gástrico, vino a concluir, en suma, que una lagartija no es lo que puede llamarse un bocado rematadamente malo.

Capítulo XXIV

En el cual se registra un pisco labis del héroe con algunos pormenores secundarios, pero interesantes.

Instado por el asunto del capítulo precedente, he tenido el escrúpulo de revisar el inventario que obra en el primero, y descubro que todavía queda una entrada sin su debida explicación.

Para un cronista que se ríe de la cronología, ese pequeño olvido carece de importancia y —como diría un hermano azteca— horita lo remedio.

Un día como todos los días, alrededor de las tres de la tarde, con ocasión de andar a caza de lo que el azar quisiera depararle, se encontró el chucho con la mitad de un puro que empezaba por un casquete de ceniza negra y terminaba en el extremo opuesto como una mera papilla sin forma discernible. Estaba colocado sobre un borde saliente en el flanco de un paredón, como si su dueño se hubiera propuesto volver más tarde por él.

Acostumbrado como estaba a ver a Toribio con el puro en la boca, de donde no se lo quitaba ni para bañarse, no tuvo motivos para suponer que aquel pudiera ser otro que su conocido de siempre.

—¡Indio despilfarrando! —pensó.

Y cargó con el puro para restituirlo en la posesión de su legítimo dueño.

Ni fuera ni dentro de la casa encontró un alma viviente. La Remigia, empero, no debía de andar lejos, puesto que la puerta estaba de par en par.

Acaso no tardaría mucho en volver; pero por el momento, la casa entera le pertenecía. Era una ocasión que no había que desperdiciar, por cuanto que solo Dios sabía el tiempo que habría de transcurrir antes de que se presentara otra igual.

No perdió un momento. Dejó su carga sobre el asiento del taburete y procedió a practicar un minucioso examen de lugares.

La suerte tuvo entonces una de sus raras debilidades para con él, pues no había hecho más que iniciar las investigaciones, cuando fue a dar derecho con una bola de jabón de cuche que la Remigia había olvidado en la bifurcación de una de las horquetas del molendero.

No vaya a creerse que el chucho dudó ni vaciló. Aun cuando sabía que se estaba jugando el pellejo, inmediatamente pasó al jabón por las armas.

Bastante corroborado con tan providencial tentempié, se sintió con energía bastante para dar cima a cualquier otro trabajo similar que se le presentara.

Fue un empeño inútil. Por desgracia, nada más llegó a encontrar. Entonces se acordó del sabio precepto que dice que vale más no emprender una obra si es que se ha de dejar a medias. Y, en consecuencia, volvió a la horqueta y se dedicó a lamer el sitio que había ocupado el jabón, hasta no dejar el menor indicio de que jamás hubiera estado ahí.

Hecho lo cual, fue a echarse en el patio, esperando a que Toribio llegara para darle cuenta de sus buenos oficios con el cabo de puro.

La primera en regresar fue la Remigia. Traía un haz de ramas secas para el fuego y se encaminó directamente a la cocina.

Largo rato después entró el indio por la puerta de rancas y cruzó el patio con aquel andar desmañado y lento que hacía creer a todo el mundo que estaba fatigadísimo.

Sin cuidarse del chucho que le daba la bienvenida con mil saltos y mil colazos, fue a arrimar el hombro al horcón esquinero del rancho dando la cara al patio, y se quedó mirando al vacío con los brazos cruzados a la altura de las tetillas y la cuma bajo el sobaco.

Hasta ahí lo siguió Nerón sin dejar de festejarlo, parándosele enfrente en dos patas, aunque sin osar tocarlo con las manos.

Intrigado por aquella efusión que excedía de lo habitual, preguntó el indio en voz alta:

—¿Por qué me estará haciendo fiestas el chucho?

Evidentemente, se dirigía a la Remigia, y como no recibiera contestación, se encaró con el propio interesado.

—¡Vaya por ayá!

¡Que si quieres! Nerón, no solo desestimó la orden sino que, ahora, además de saltar, ladraba. Era un ladrar sumamente expresivo y de gran elocuencia. Una persona cualquiera, aparte del bruto de Toribio, habría entendido sin dificultad lo que Nerón trataba de comunicarle, lo cual se traduciría al castellano más o menos así:

—¿Quieres venir conmigo ahí adentro? Verás una cosa que está sobre el taburete. Te va a gustar... ¡Pero vamos, hombre, te tiene cuenta!

Mas se trataba de Toribio. Esperar que entendiera el indio era como creer en la Siguanaba.

—¡Estése enjuicio! —gritó fastidiado y haciendo ademán de tirarle una patada.

Con esto consiguió que el chucho se retirara; pero fue una retirada estratégica y no tardó mucho en regresar, reanudando sus incomprensibles evoluciones.

El resultado de tanta solicitud se redujo a un furibundo cumazo que le cayó sobre la paletilla, que no por ser con lo plano del arma falló en hacerlo rodar un buen trecho aullando de dolor.

Huelga decir que no insistió más; salió a escape sin saber por dónde, y en mucho rato no se le volvió a ver.

Mas no se terminó ahí la aventura. Toribio había visto caer algo de las fauces del chucho cuando le atizó el cumazo. Buscó con la mirada y vio que era un puro a medio consumir.

Ya iba a pensar en otra cosa; pero en su inconsciente se alzó una voz en son de protesta: la voz de su tacañería.

¿Por qué habría dejado él un puro a la mitad?

Se agachó para recogerlo y remediar semejante derroche.

Y entonces se dio cuenta de que no era de los suyos. ¿Qué andaría haciendo en su casa un puro ajeno?

Para un cerrado de mollera como él, solo había una explicación posible. Algo que le resultaba terriblemente afrentoso.

Echando chispas por los ojos oblicuos, apretados los dientes por la rabia, preguntó exabrupto a la Remigia con su voz de falsete:

—¿Con quién bis estado vos hoy?

—Con naide. No hei visto a naide —contestó desde adentro la voz indiferente de la mujer.

—Entonces —insistió él con mayor apremio—, ¿este puro de quién es?

Hubo una pausa que le pareció eterna. Ya se disponía a irrumpir en la cocina como un ciclón, cuando vio salir a su consorte, lerda y calmosa, enjugándose las manos en el delantal. Sin apresurarse, tomó

a dos manos el cuerpo del delito. Lo examinó con detenimiento dándole vueltas una y otra vez y se lo devolvió, preguntándole con admirable naturalidad:

—¿Nues de los tuyos, pue?

—¡Chis! ¿Cuándo me bis visto fumara puros de los de a tres por medio?

Hizo la pregunta con la misma entonación que hubiera empleado para preguntar si alguna vez lo habían visto jugar baraja con el Sumo Pontífice.

La Remigia, que ya daba el tema por agotado, se había puesto a buscar algo a tientas sobre la viga del alero, y, al no encontrar nada, preguntó:

—¿Bis cogido vos el jabón?

—¿Yo pa qué te vuandar cogiendo tu jabón shuco?

Estaba ella segura de que Nerón no era el responsable, porque precisamente en previsión de sus abusos de confianza había buscado en las vigas un escondrijo para su jabón. Tal vez las ratas o el tacuazín... y preguntándose dónde podría guardar más a salvo el próximo que comprara, intentó volver a la cocina.

El pesado de Toribio la detuvo, insistiendo:

—Estos son de los que hacen onde Galván, en Cojute.

Por asociación de ideas, gracias al jabón, había dado ella con la clave del misterio.

—Esas son cosas del chucho —dijo.

Conocemos bastante a Toribio. Sabemos que en siendo cosa de proferir indecencias y porquería, él era el as. Así, pues, que se me excuse si no transcribo al pie la reyerta de ambos cónyuges. Y confórmese el lector con saber que la Remigia acabó llorando, y que entre hipos, mocos y lágrimas dijo al final, con sutil ironía:

—¡Sí! Como soy tan chula, los hombres miandan buscando hastentre la casa...

Tan sencillo argumento tuvo la virtud de llamar al indio a la razón. Se quedó mirando curiosamente a su mujer. ¡Palabra que él no se había fijado cómo estaba de fea la Remigia! Se imaginó ser otro hombre cualquiera y se preguntó qué haría si se encontrara a solas con ella en lo más apartado de la montaña.

Y la respuesta que se dio fue absolutamente tranquilizadora. ¡Tenía razón la Remigia! Había sido el chucho.

La cara mongoloide se le iluminó con una amplia sonrisa que no tuvo necesidad de disimular porque en ese momento ella se limpiaba los ojos y narices con el delantal.

Y así salieron del zipizape. El, sin confesar su convencimiento, porque tenía sus puntillos de amor propio, y porque no le venía de sobra un nuevo pretexto para llevar a la Remigia por el ronزال; y ella, jurando que Nerón se las pagaría por haber dado ocasión de que se pusiera en duda su honestidad.

Aquella misma noche se salió con la suya. Traicioneramente cogió al chucho dormido al pie del cerco de piña. Y en lo que él coordinaba ideas y movimientos para escapar, le descargó cuatro leñazos de los de padre y señor mío.

¡Ya la esperaba él! ¿Acaso no dio por descontada la zurra cuando se comió el jabón?

Y, oyéndolo chillar bajo los golpes, Toribio, tendido ya de largo a largo sobre su tapexco, saboreando el puro del lío, se planteaba intrigado por centésima vez un problema que lo traía a mal traer:

—¿Pa qué puchas quedaría el cabuepuro estijue cien puercas?

Capítulo XXV

Donde el curioso lector podrá ver a Toribio casi en cueros vivos.

Vagando el héroe sin rumbo fijo ni objeto determinado, orinándose en un tronco por acá, olfateando una mata por allá, llegó cierta vez a dar con su perrunidad en lo más espeso de la montaña, a un buen par de kilómetros de la casa. Y fue allí precisamente, donde ciertas emanaciones que flotaban en la atmósfera, le delataron la proximidad de Toribio.

Agradablemente sorprendido, se puso a rastrearlos sin pérdida de momento. Aquel paseo que había iniciado a solas, lo terminaría en compañía del amo. ¿Qué más quería él?

Guiado por el olfato avanzó algunos metros haciendo crujir a su paso las hojas secas; bajó al fondo de una zanja; subió por el lado opuesto; se aventuró por debajo de intrincadas malezas, y desembocó a un claro donde las aguas del río se detenían formando un plácido remanso.

Era una poza bastante amplia, de tan sosegada corriente, que no hacía rizos en la superficie, y rodeada de árboles inmensos. Habríase dicho que los más grandes de la selva se habían dado cita en aquel paraje para contemplarse en el mágico espejo de las aguas. Se oían cantos de chiltotas y allá, a lo lejos, el golpe seco de algún pájaro

carpintero que estaría labrando a golpes de pico algún tronco milenario.

Si Nerón hubiera conocido la mitología, a buen seguro que, frente a aquellas aguas dormidas, hubiera evocado a Leda acariciada por el cisne, o Diana rodeada de su cortejo de ninfas. El mismo, tal vez, se hubiera imaginado ser un miembro de la divina jauría, pronto a hincar los dientes en las trémulas carnes de Acteón.

Pero Nerón, hay que confesarlo, era un chucho ignorante, y su espíritu andaba muy lejos de eruditas divagaciones. Por lo demás, aquel poético remanso se lo sabía de memoria por haber acompañado con frecuencia a los cipotes cuando iban a bañarse. No tenía, pues, motivos para caer en éxtasis. Andaba buscando a Toribio, y nada más.

Y Toribio no aparecía por parte alguna. Había, sí, sobre una piedra plana, a orillas del estanque, un montoncillo de trapos que a la legua trascendían a él. Hurgando con las patas los extendió Nerón y pudo reconocer un pantalón de manta, una camiseta de lo mismo, una correa espuelera ascendida a la categoría de cincho por un capricho de la suerte y un par de caites fraternalmente apareados. No faltaba más que el clásico sombrero de palma, para estar completa la indumentaria de Toribio.

¿Cómo habían ido a parar allí aquellas prendas? Nerón no lo sabía, ni le importaba. Lo esencial, para él, era evitar que se perdieran, y para ello se dispuso a transportarlas al rancho, así tuviera que echar veinte viajes.

No lo pensó mucho. Cogió con los dientes los pantalones y emprendió la marcha llevándolos a rastras. La operación no resultó tan llana como él esperaba. A cada paso se le enganchaban en diversos obstáculos del camino, y no conseguía desprenderlos sino a fuerza de tirones; pero no desmayó un segundo, y a costa de innumerables

fatigas y dificultades, llegó por fin al rancho, derrengado y jadeante. No hay para qué decir que los pantalones quedaron bastante resentidos por tan accidentada marcha a través de la selva.

Dejólos en el suelo, al pie del amate, y se puso a desandar lo andado, en busca de la camiseta. Ya cerca del remanso, se encontró de pronto con su amo que venía en la peor guisa que el chucho jamás lo había visto. Estaba desnudo de medio cuerpo arriba y, salvo los caites, de medio muslo abajo. La camiseta, que le iba abrazando la cintura con las mangas vacías, había degenerado en humilde taparrabo. Con el brazo izquierdo replegado, sostenía el sombrero rebosando de jutes y camarones.

A las piruetas y colazos con que el chucho lo saludaba, correspondió con un bufido espantoso y una patada que, por fortuna, no dio en el blanco. ¡Para zalemas estaba él! Se traía un humor de todos los diablos y echaba maldiciones que ponían los pelos de punta, contra el audaz ladrón que lo había dejado medio desnudo, mientras él andaba desnudo del todo río arriba, pescando crustáceos y moluscos. Al mismo tiempo se maravillaba de que no lo hubieran dejado en cueros vivos, con lo cual se habría visto en un conflicto de no muy fácil solución.

Nerón, acostumbrado a las rabiets del indio, no dio a aquella mayor importancia, y se fue siguiéndolo como si tal cosa.

Viendo la Remigia a su hombre entrar en aquella facha, sin duda creyó que se había vuelto loco, tal fue la cara de asombro que puso.

—¿Por qué venís así? —le preguntó abriendo unos ojos redondos como ovillos de hilo.

—¡Me robaron los calzones en el río! —bramó él, echando chispas.

La Remigia, con todo y ser tan torpe, vislumbró lo que pasaba.

—¡A buen! —exclamó—. ¿No sean los que ha traydo el chucho?
—Y le mostraba una piltrafa informe que andaba por el suelo.

Una consideración se hace necesaria en este punto. El perspicaz lector ya estará adivinando el incidente que ocurrió inmediatamente después, como resultas de lo anterior; y se estará diciendo, con sobrada razón, que de cada tres o cuatro capítulos de esta historia, hay uno que tiene como final obligado una azotaina para el chucho.

Yo soy el primero en admitir que semejante repetición da al relato cierta monotonía de mal gusto; y si estos apuntes fueran de mi invención, hace ya mucho tiempo que habría introducido alguna que otra variante.

Pero mi conciencia de historiador honrado no me permite tergiversar los hechos para dar gusto a mis lectores.

¿Qué culpa tengo yo de que las cosas hayan ocurrido así?

Capítulo XXVI

Donde se verá cómo pierde la cabeza un nuevo personaje después de sufrir repetidos desdoblamientos de la personalidad.

Se dejó oír, ya bastante cerca, un ruido de tropel sobre los guijos de la carretera, acompañado por intermitente murmullo de voces.

Nerón dormía como un bienaventurado.

Dormía con un ojo, según costumbre, y no vaya a creerse que aludo a la más negra de sus venturas, aquella de cuyas resultas quedó tuerto.

No. Hablo en sentido figurado, queriendo significar que, si descontamos las raras ocasiones en que lo despertaron a palos, nadie podía gloriarse de haberlo sorprendido durante el sueño.

Entiéndase, pues, que acudió a la puerta de trancas incitado por la bulla.

Y vio un grupo de gente que acababa de salvar el recodo inmediato. Eran cuatro hombres y varias mujeres que avanzaban rápidamente. Los hombres llevaban a cuestras, por medio de dos palancas, un artefacto en forma de caja bastante grande, forrado de tela blanca y adornado con flecos de papel dorado. Una de las mujeres iba encaramada sobre el armatoste descrito, de pie, inmóvil y rígida como si estuviera hecha de una sola pieza; y con toda seguridad iría

pensando en el almuerzo, pues llevaba un plato en la siniestra mano. Las restantes marchaban a la zaga, enredándose en las faldas y haciendo visibles esfuerzos por no perder terreno.

El chucho miró y remiró y se quedó *in albis*.

Y para que al lector no le pase lo mismo, le daré las necesarias referencias.

Existen por aquella región, distantes entre sí nueve leguas flojas, dos poblados de tan baja categoría que, además de no aparecer en el mapa, ni siquiera merecen que se les cite aquí por sus nombres.

Lo que no se puede omitir —porque en ello está el quid de lo que viene después— es que en uno de los tales caseríos se venera a Santa Lucía y en el otro a Santa Agueda.

Y como ambos lugares son demasiado pobres, al grado de no poder costear cada uno por separado la imagen de la respectiva Patrona, vinieron en el feliz acuerdo de encargarse una sola para los dos, con el único aditamento de un plato de hojalata para los dos.

Así las cosas, todo marcha a pedir de boca. Seis meses del año, alternativamente, habita la Santa en cada parroquia y todos tan contentos. Cuando le toca al pueblo de... Allá, digamos, se colocan sobre el plato un par de ojos de vidrio, con lo cual la imagen queda hecha una Santa Lucía que no hay más que pedir. Y cuando le llega su turno al de Acá, una comisión de notables va a traer la bendita escultura. En el sitio donde estuvieron antes los ojos de vidrio, se ponen dos medias naranjas de papel mascado, y cádate a Santa Agueda que solo hablar le falta.

Uno, pues, de aquellos viajes, de Acá para Allá o de Allá para Acá (no lo sé a punto fijo) es lo que Nerón estaba presenciando.

Puesto así en antecedentes, el lector ya no se asusta por nada. No así el diligente Nerón, que se perdió en conjeturas sin dar con la clave

de toda aquella máquina.

Y, de no encontrar una explicación plausible, dedujo en buena lógica que aquello andaba mal.

Y se aprestó para ponerlo en orden inmediatamente. Saltó a media calle, se enfrentó con los sospechosos y les ladró la orden de parar la marcha.

Como no fuera obedecido tuvo que andar a reculones, cosa que le desagradó bastante y dio ocasión para que se le empezara a subir la mostaza a las narices.

Los cargadores, en la imposibilidad de hacer cosa de mayor provecho, lo bañaron de insultos y de epítetos denigrantes. Las mujeres de a pie, incluso, tuvieron la osadía de tirarle piedras, bien es verdad que sin acertarle una; pues es bien sabido que las hembras, así como no hacen jamás un nudo a derechas, tampoco saben cómo es que se tira una piedra.

La ira del héroe crecía por momentos, sobre todo por la marcha en retroceso, proceder poco digno con el cual no apechugaba de buen grado. Y los ladridos a dientes pelados recrudecían en proporción.

Uno de los cargadores delanteros, el que cogía a Nerón más de cerca, se moría por despanzurrarlo de un puntapié. La única dificultad era que no se le ponía a distancia conveniente; pero no lo perdía de vista, aun cuando aparentaba observar las ramas de los árboles.

Hubo por fin un momento en que creyó llegada su oportunidad. Y le disparó una patada tal, que si le da, tengo para mí que aquella hubiera sido la última aventura del chucho.

Lo salvo de la muerte una piedra que estaba ahí, casi del todo enterrada, que fue la que recibió el tremendo impacto sin moverse.

El malintencionado sujeto vio las estrellas y se fue de bruces. Y en vez de soltar su palanca, que era lo procedente, se aferró a ella con

mayor fuerza, sin duda esperando que la Santa le hiciera el milagro de tenerse firme.

Pues no. Lo que hizo la muy bienaventurada fue irse tras él, arrastrando consigo, de ribete, a los demás cargadores.

Al estrépito infernal producido por la caída se unieron, para colmo y remate de confusión, un tintineo de monedas rodando entre guijarros, los juramentos y blasfemias de los hombres, y los lamentos e invocaciones místicas de las mujeres de a pie.

La única en permanecer impasible fue la celestial Patrona, quien no dijo esta boca es mía, con todo y que a ella le tocaba lo peor en el desastre.

Y con razón. ¡Qué había de poder hablar la cuitada, si en la caída se había descabezado!

Nerón, sobrecogido de horror por su propia obra, había salido como alma que lleva el diablo, pasando como Dios le dio a entender por debajo de las púas de un cerco, y se fue a situar a una pequeña eminencia para contemplar sin peligro las consecuencias de su hazaña.

El primer cuidado que tuvieron los hombres, así como lograron reasumir su posición bípeda, fue buscar al chucho, quién sabe con qué siniestras intenciones. Y como vieron que el delincuente se había hecho humo, procedieron a levantar las andas hasta dejarla sobre sus cuatro patas. Y si bien anduvieron solícitos en comprobar que la Santa no había soltado el plato, no se les ocurrió examinarla de pies a cabeza para ver si no había sufrido mengua en su individuo.

Por último, hombres y mujeres se dedicaron a pepenar los níqueles caídos, producto de las limosnas colectadas en el trayecto, para restituirlos al lugar que tan violentamente habían abandonado; el cual era una lata de las de petit pois clavada a los pies de la imagen.

Sobre esta última e importantísima operación, insistieron bastante, registrando hasta los más ínfimos accidentes del terreno.

Terminado que hubieron, izaron su carga nuevamente y reanudaron la marcha al trote gimnástico para reponer el tiempo perdido.

Entonces, saltando el cerco que poco antes había violado Nerón en sentido opuesto, apareció Toribio.

Con una piedra en la mano, acechando un conejo andaba cuando oyó el estruendo que sabemos. Entre la curiosidad y el temor a lo desconocido, pudo más aquella. Y sin botar la piedra, por lo que de útil pudiera tener, se fue acercando muy quedo al teatro de los sucesos.

Y llegó a tiempo de asistir, sin ser visto, al último acto del drama, observando cómo aquellos desconocidos recogían monedas del suelo y las echaban en el bote de lata.

Se estuvo quedo mientras duró la operación, rogando a las ánimas benditas que no las encontraran todas, y ya vimos cómo saltó el cerco en cuanto el campo estuvo libre.

Buscó largo rato como quien busca una aguja, removiendo piedras, metiendo palitos en donde no le cabían los dedos y murmurando malas palabras que iban subiendo de tono a medida que aumentaba su certidumbre de que estaba perdiendo el tiempo.

¡Los muy bandidos no habían dejado una!

Dándose a todos los demonios, ya abandonaba su empeño, cuando vio una cabeza suspendida de la rama de un árbol a escasa altura. De momentos se le erizó el pelo, porque creyó que era una cabeza de verdad; mas pronto comprendió su error al notar la aureola de metal amarillo que, dicho sea entre paréntesis, no poco había contribuido a que la sagrada testa quedara fija donde estaba.

Ya no se volvió a acordar de los níqueles ni de nada en el mundo. Presa de un mortal desasosiego, echó una furtiva mirada en redondo para asegurarse de que estaba solo. Agachó la rama con la punta de la cuma y descolgó la cabeza.

Palpó y examinó rápidamente la aureola. Y sin dar importancia a las señales de brocha que cruzaban en todas direcciones la brillante superficie, la reputó como de oro de veinticuatro quilates.

Trató de desprenderla por las buenas, y como no lo consiguiera sujetó la cabeza entre las rodillas, y a fuerza de tirones a dos manos, arrancó de cuajo el rico botín.

Se lo guardó entre cuero y camiseta.

Con unción y reverencia colocó el despojado despojo en posición normal sobre una gran piedra a la orilla del camino y volvió a saltar el cerco, no fuera a ser que encontrara gente si seguía la carretera.

Andando a trancos entre milpas y malezas, recordó haber visto al chucho por ahí poco antes, cuando llegaba atraído por la bulla.

¡Y cuándo no! El chucho tenía que ser...

Sea lo que sea lo que ahí había pasado, el chucho tenía la culpa.

Y, por ende, él era el artífice de su fortuna.

Miró por todos lados buscándolo. Sentía unas grandes ganas de darle unas palmaditas en el costillaje, de decirle cuatro palabras cariñosas.

Pero se las tuvo que aguantar porque no lo encontró por ninguna parte.

¡De la que se perdió el chucho!

Capítulo XXVII

El cual, por un escrúpulo del autor, vino a quedar tan magro de cuerpo como seco de enjundia.

En vista de que ya está tocando en el fondo de estos desordenados apuntes sin haber encontrado cierto detalle que esperaba encontrar, el lector no dejaba de inquirir:

—¡Bueno! Y del talapo, ¿qué hubo?

—¿Del talapo?

—Sí. Se hace mención de él —o de sus intestinos, que en conclusión viene a dar lo mismo— en el capítulo primero.

—¡Ah, sí!... El talapo...

Pues verá usted: todas las aventuras que se consignan en esta notabilísima historia, son auténticas de toda autenticidad. Auténticas sin la más leve sombra de una duda. De no ser así, no aparecieran en este libro. Y resulta que la aventura del talapo, según barruntos, es apócrifa.

En el mismo caso están muchos otros lances que hasta ahora no he mencionado. El del vendedor de reliquias, por ejemplo, y el de la batalla feroz con un ciego y su perro, y el del pasmoso lío con el mono de unos gitanos... ¡y tantos otros!

Sabido es que a todo personaje que sobresale del nivel común por sus buenas o malas acciones, se le atribuyen hechos y palabras que jamás pensó en proferir o ejecutar. Ahí están, entre otras mil, Ruy Díaz de Vivar y don Alonso Quijano, que no me dejarán mentir.

¿Por qué se había de librar Nerón de tal sino?

¡Ah! Pero no seré yo quien escriba medio renglón sobre semejantes infundios.

No se hable, pues, más del asunto, y vamos a otra cosa.

Capítulo XXVIII

De cómo Toribio se vio a dos dedos de un brete con la Guardia Rural.

Setenta años, diez más o menos, tendría la india que venía conduciendo tres cabras por medio de sendas cuerdas tan llenas de añadidos como de mugre. No lejos del predio de Toribio dispuso descansar un rato. Dejó en libertad a sus animales para que ramonearan lo que buenamente pudieran; se sentó a la turca a la vera del camino, y sacando unos fósforos del escote y un cabo de puro de detrás de una oreja, se entregó a la delicia de echar humo.

No tardó en aparecer Nerón, que vendría de alguna de sus inútiles correrías en busca de algo engullible; y ya se disponía a ladrar según su costumbre, hubiera o no motivo para ello, cuando reparó en una de las cuerdas que culebreaba por entre la grama al pie de un cerco de púas, y dispuso jugar un rato.

El juego consistiría en poner tensa la cuerda para darle tirones y sacudidas z diestra y siniestra, recurso de tanta diversión como no hay otro para pasar el rato.

Echó, pues, los dientes al extremo del lazo, pero no lo pudo templar porque la cabra, obedeciendo a la tracción, dio unos pasitos cortos sin dejar de mordisquear la hierba. Muchas veces repitió el

chucho su intento, siempre con idéntico resultado. Y en esta forma: porfiando él por tensar la cuerda, y testaruda ella en no consentirle un paso tras otro se fueron alejando de la vieja; y tanto se alejaron, que fueron a dar a la consabida puerta de trancas. El chucho pasó sin dificultad por debajo de la inferior; pero la cabra, una mitad más alta, se tuvo que quedar afuera.

¡Al fin se salía el héroe con su gusto! Corriendo para uno y otro lado, tiraba de lo lindo y gruñía en el colmo de la felicidad.

Poco le duró su recreo, sin embargo, porque el aguafiestas de Toribio, que andaba por ahí, corrió lleno de solicitud a franquearle la entrada a aquella nueva adquisición que le caía sin saber cómo. Le palpó las ubres, que estaban como para reventar, le pasó la mano por el lomo, que se le antojó de pura seda, y la llevó, radiante, a amarrar bajo el amate, a la misma estaca que en otra ocasión le sirviera para amarrar a cierto pajarraco danzarín que el lector recordará si tiene buena memoria.

Toribio estaba encantado. El domingo le compraría a la cabrita un lacito nuevo de a diez centavos, o mejor de a quince. También había que comprar una jarrilla para hervir la leche, porque en lo sucesivo, el desayuno ya no sería de café negro. Mas, por el momento, tenía que buscarle algo de comer para que le fuera tomando querencia a la casa.

Ya se dirigía a la cocina en busca de algo cuando la cabra, que con tanta docilidad se había dejado conducir, ahora no estaba contenta con verse entre gente extraña y dispuso llamar a la suya:

—¡Be-e-e-e!

El indio no sabía qué hacer. Pensó llamar a la Remigia en su ayuda, de lo que no hubo necesidad porque ya ella venía con unas cáscaras de guineo. Devorólas la escandalosa sin hacerse de rogar y se les quedó mirando como pidiendo más.

—Andá tre tortiya —ordenó el indio.

Fue ella a cumplir la orden; pero antes de que regresara ocurrió lo que él estaba temiendo lleno de zozobra: que acudiendo al reclamo de su cabra, llegó la vieja con las otras dos, y recorriendo las trancas sin ceremonia, avanzó resueltamente para interpelar a Toribio:

—¿Con qué permiso te habís traydo mi cabra?

—¿Cuál cabra? —preguntó él, haciéndose el tonto.

—Esta que tenés aquí es miya y te la habís traydo en un descuido.

Y se puso en cuclillas para desatar la cuerda; pero el indio anduvo listo en poner el pie sobre el nudo.

—¡Achís la señora! —protestó—. Esta cabra es miya. Vaya a buscar la suya por otro lado.

—Bueno —dijo ella—. Si no me la das, por ay nomasito hey vistuna marcuern'e guardias. Ya los voy a yamar.

Su interlocutor tragó saliva y dijo aflautando la voz:

—Pues unque seyan veinte guardias no le doy su cabra porque es miya. ¡Vaya!

Y como ella hiciera ademán de ir a buscar a sus míticos guardias, añadió en el mismo tono:

—Pero si tanta en su gana, yévesela. Se la regalo.

Y quitó el pie del nudo.

—La animalita es miya —concluyó la vieja— y por eso me la yevo.

Y dueña ya de su rebaño completo, se fue a buscar la salida, mientras el bellaco repetía una y otra vez, dando diente con diente:

—¡Se la regalo!... ¡se la regalo!

Pero ella no le contestó, como tampoco se dignó contestar a Nerón que se estaba desgañitando en defensa de su amo.

Así que la hubo perdido de vista, el indio le dio una patada al chucho y se volvió a la Remigia que en la puerta del rancho se había quedado con la boca abierta:

—¿Viste la vieja innorante? —dijo—. Estaba creyendo que yo me quería robar su tísica cabra.

Porque él era así. Las cacofonías le importaban un grano de anís cuando estaba incomodado.

Exactamente lo mismo que cuando no lo estaba.

Capítulo XXIX

Que bien pudo ser el primero de esta accidentada historia.

Mi conocimiento con Nerón se debió a una pura casualidad.

Iba yo una vez para Cojutepeque, caballero en un manso y parsimonioso macho. No sé lo que iría pensando; pero no hay duda que el tema de mis meditaciones debía ser interesante en extremo, puesto que me hizo perder la ruta.

Al darme cuenta de que iba extraviado, no dejé de sentir cierta contrariedad, pues ya se hacía tarde. Seguí adelante, con todo, con la esperanza de encontrar pronto algún alma caritativa que me sacara del mal paso. Y así fue. Al poco andar tuve la suerte de descubrir, distante de la carretera unos cincuenta pasos al norte, un rancho de paja como hay tantos en nuestros campos. Se levantaba en el fondo de un polvoriento patio cuadrangular al que daba acceso una puerta de trancas, y en cuyo centro extendía su parasol un gigantesco amate.

A la puerta de la casa estaba en cuclillas una mujer de pura raza pipil, lavando trastos de cocina. A cierta distancia, hacia la derecha, junto a una canoa llena de agua —el bebedero de los animales— un campesino en la misma postura, con el sombrero de palma calado hasta las cejas, afilaba una cuma. Dos cipotes, entre los diez y los doce años, chorreados y medio desnudos, correteaban por ahí entregados a

sus juegos. Unas gallinas subían a su dormitorio entre las ramas del amate, sirviéndose de una vara inclinada a guisa de escalera, escandalizando con sus cacareos y dando aletazos para conservar el equilibrio.

Era mi propósito pedir los informes que necesitaba y seguir de largo; pero había tanta poesía, tal inexpresable encanto en aquel paisaje vespertino, en aquel pajizo rancho y sus sencillos habitantes; estaba yo tan cansado después de una larga jornada, que no pude resistir a la tentación de hacer un alto, según me lo estaban pidiendo a gritos las posaderas. ¿Por qué no conversar un rato con aquellas gentes y, ya descansado, continuar mi ruta a la luz de las estrellas?

Como lo pensé lo hice. Descorrí dos de las trancas de la puerta; azucé mi cabalgadura para que pasara sobre las otras dos, y me acerqué, atravesando el patio, a los campesinos, saludando amablemente:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —contestó la mujer.

El indio suspendió su trabajo. Se quitó el puro de la boca. Escupió una saliva color de tabaco. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Se tocó el ala del sombrero con la punta del índice, y al fin pudo contestar a su vez:

—Buenas tardes le dé Dios, patrón.

Sin esperar a que me invitaran, eché pie a tierra.

—Tray el taburete —le dijo el indio a la mujer.

Un perro flaco y tuerto, que hasta entonces no había visto, se me había aproximado y me estaba oliendo las sobrebotas.

—¿Muerde? —pregunté.

—No, señor, no muerde —dijo el hombre—. Al mismo tiempo cogió un leño que había por allí y lo lanzó con tan mala suerte para el

pobre chucho, que le dio de plano en el costillaje y lo derribó entre lastimeros chillidos.

—¡Pobre animal! —No pude menos de decirle—. ¿Por qué le pega?

—¡Ay, patrón, usted no sabe lo lépero que es!

¿Lépero? No lo parecía, al menos. Después del golpe, había quedado ahí, cohibido y lloroso, en una actitud que daba lástima. Lo llamé con siseos y se me fue acercando agazapado, casi a rastras, medroso, como en espera de un nuevo castigo. De buena gana le habría pasado la mano por el lomo, en desagravio del leñazo que tan sin pensarlo le había ocasionado; pero no me atreví. Tenía demasiada sarna. Tanta, como para otros dos perros de su tamaño.

Empero, le rasqué el espinazo con el extremo del látigo, a lo que correspondió echándose panza arriba, con la cola entre las patas. Era un mísero chucho hediondo, y de una flacura inverosímil. Me imaginé que a contraluz sería transparente.

Viendo que yo no lo llamaba para nada malo, se atrevió a levantarse y me empezó a festejar con un colaceo, tan efusivo, que le hacía cimbrear el trasero.

El indio estuvo pronto a desmentirlo.

—No le creya, patrón. Ese chucho es mero hipócrita. ¡Si yo le contara!

—¿Qué daño puede hacer este infeliz?

—Todo se lo roba, señor. Se come hasta los caites viejos.

—¡Y cómo no, si se está muriendo de hambre! Dele tortilla, y ya verá cómo no vuelve a comer caites.

—Las tortiyas son para los cristianos —sentenció mi interlocutor—. ¿Por qué no agarra taltuzas? Tantas que hay por todito esto...

Y con la diestra hacía un amplio ademán que abarcaba los sesenta y cuatro rumbos de la rosa náutica.

El chucho, que no perdía palabra, me estaba diciendo con el único ojo que le quedaba:

—¿Has visto tú qué indio más bruto?

Tenía razón. Los hay más brutos que los mismos animales, que son los que cargan con la fama.

Algo más tarde, puesto en el buen camino gracias a los informes del animal de Toribio, me encaminaba al pueblo de Las Delicias, situado a dos kilómetros del rancho. Nerón, encantado de haber descubierto una persona que no lo tratara a golpes, salió conmigo y me acompañó precisamente hasta la Cuesta Lisa. Ahí se quedó sentado, moviendo la cola mientras yo me alejaba, y me despidió con unos amistosos ladridos, que a las claras me decían:

—¿Cuando volverás por acá?

Muchas veces volví después, como lo demuestra el presente anecdotario, escrito según los datos recogidos de boca del mismo Toribio y de otros campesinos de las cercanías.

Porque Nerón es harto conocido por aquellos trigos. Cuando yo preguntaba por él, invariablemente se me respondía:

—¡Ah, sí! ¿El chucho de Toribio?... Afigúrese que una vez...

Capítulo Último

Con el cual el autor tiene por acabados estos apuntes y da al héroe un buen consejo después de reflexiones más o menos atinadas.

¡Pobre Nerón, perro viejo, perro triste, perro feo! ¡Cuán poco has tenido que agradecer a la suerte en toda tu perra vida! Y sin embargo muy pocas son las ganas que tienes de morirte, a juzgar por el celo con que procuras guardar tu integridad perruna. Porque no hay que hacerse ilusiones; tú eres un chucho cobarde.

Así, como suena. Terriblemente, irremediablemente cobarde. Ladrar sabes, es verdad; pero a nadie engañas con esas tus manifestaciones agresivas. Es en vano que te desgañites para presumir (buscando un prudente arrimo en la pared, si no quieres que el ímpetu te eche de espaldas) cuando pasa otro perro por el camino; porque si el aludido, en vez de pasar de largo en demostración del más profundo desprecio, se detuviera un instante y te buscara con los ojos, te faltaría tiempo, confíésalo, para ponerte a salvo en algún escondido refugio.

¿De qué te sirve, dímelo, una vida así? ¿Para qué quieres ese cuero viejo que llevas pegado la osamenta, y que no se ha caído por un milagro que ni tú mismo te explicas? ¿Has llevado la cuenta del

tiempo que tienes de arrastar esa lamentable existencia? ¿No te asustas ante la perspectiva de lo que te queda por padecer?

Callas a mis preguntas; pero yo te voy a dar un consejo.

Para la oreja y escucha. ¿No oyes?... Suena por ahí una ensordecedora algarabía de ladridos. Es indudable que allá abajo se está dirimiendo a dentellada limpia alguna descomunal contienda.

Se debe estar disputando por los femeniles encantos de alguna cuadrúpeda Dulcinea de los contornos.

¿Por qué no corres y te mezclas en la refriega?

No para conseguir, claro está, ningún preciado galardón con tu temerario intento, sino para algo mejor: para que tus congéneres enfurecidos, de cuatro tarascadas acaben con tu mísera perrunidad.

¿Te asustas? No hay razón. Después de una vida como la tuya, una muerte así constituye la verdadera liberación, la suprema felicidad.

Y mañana...

Mañana volarás en el vientre de unos cuantos zopilotes, describiendo círculos inmensos por ese azul profundo y lejano, hasta donde no pueden llegar las miserias de este mundo.

¿Quieres?...



Alberto Rivas Bonilla nació en Santa Tecla (antes Nueva San Salvador) el 4 de septiembre de 1891 y murió en el año de 1985. Fue médico, poeta, novelista, cuentista, crítico literario, académico de la lengua y una persona activa en el entorno cultural de su tiempo. Estudió su bachillerato en Ciencias y Letras (1909) y se doctoró en medicina en la Universidad Autónoma de El Salvador (UES) probablemente en 1918. Trabajó en algunas revistas y periódicos como *Gavidia*, *Helios*, *Actualidades*, *Ateneo*, *Diario Latino*, entre otros. Participó en distintos Juegos Florales, en los cuales ganó algunas preseas como la Flor Natural en los Juegos Florales del Centenario del Primer Grito de Independencia. Entre otras funciones, ejerció como director del Hospital Rosales y fue decano de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de El Salvador. Asimismo, fue director del Diario Oficial, y ocupó la silla «S» en la Academia Salvadoreña de la Lengua.